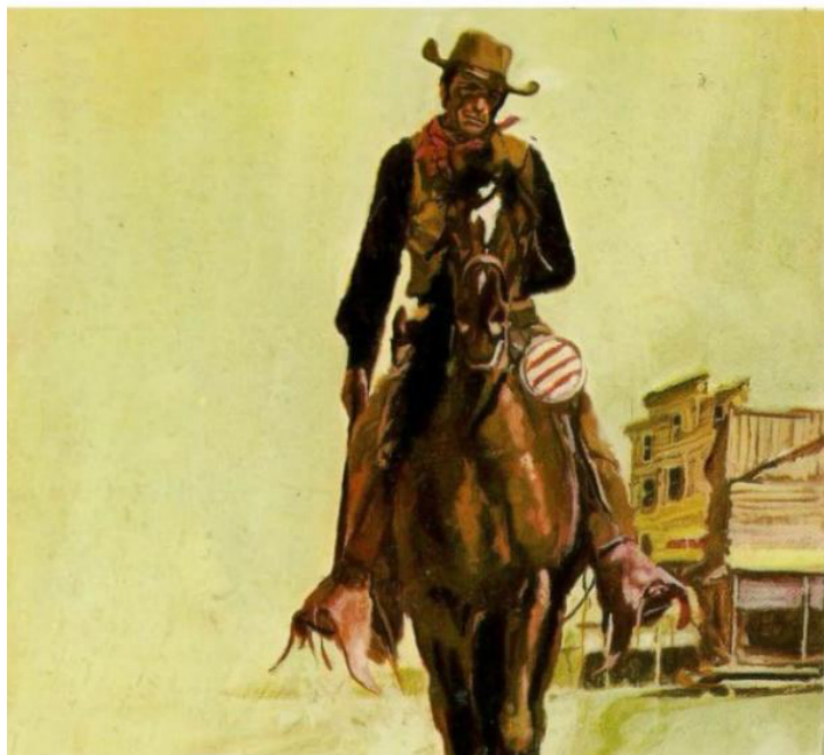
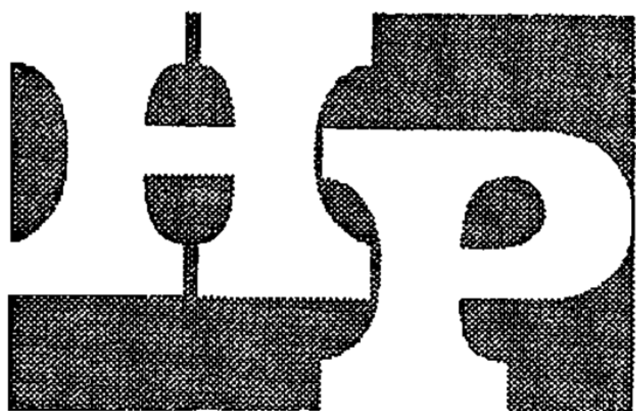
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

HIERRO Y PLOMO







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

HIERRO Y PLOMO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 92
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 30.685-1971

Impreso en España-Printed in Spain

2a edición: octubre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Los hombres de la sección tres trabajaban a torso desnudo en el tendido del ferrocarril, sobre la llanura, en un terreno semidesértico donde nada más había tierra roja, piedras y cactos.

El sol era abrasador.

No había otra sección más famosa en la segunda división del tendido de aquel ferrocarril. Allí estaban los hombres más fuertes, capitaneados por el más duro de todos ellos, Thomas McCormick, un irlandés de uno noventa de talla, de cabello rojizo y ojos que despedían llamaradas.

Él sabía cómo tratar a aquellos muchachos, y especialmente cómo elegirlos.

Harry Steen remachó la cabeza del clavo sobre la traviesa y se enderezó, las manos sobre el mango del martillo. El sudor le caía por el rostro y por el negro vello del pecho.

Era un tipo grandullón y sus músculos carecían de acero.

Echó una mirada a su compañero de la derecha, Andrew Fisk.

—Sigue contándome, Fisk.

—Será mejor que lo dejemos para después. McCormick vendrá a husmear.

—¡Al diablo con él! ¿Qué querías decirme de Sylvia?

Fisk era un hombre pequeñajo pero asombrosamente fuerte, como lo pregonaban sus anchas espaldas y sus abultados bíceps. Levantó el martillo en el aire y lo dejó caer sobre un clavo. Luego, girando, repuso:

—Vi ayer a Sylvia con Luke Sonther.

Harry Steen hizo una mueca.

—Eso no es posible.

—Sí, Harry. Luke y Sylvia estaban juntos y no lo pasaban mal.

—Luke, ¿eh?

—Ya te lo advertí que él estaba por los huesos de tu chica.

Harry se escupió las manos mientras doblaba la cabeza hacia atrás. Vio a Luke Sonther seis hombres más allá. También estaba remachando y, al parecer, lo hacía de muy buen humor, a juzgar por la sonrisa que había en sus labios.

Luke estaba por los veintiséis o veintisiete años y era de regular estatura, moreno, de rostro atractivo.

Harry Steen apretó los dientes y dejó escapar por entre ellos las palabras.

—Le voy a ajustar las cuentas.

—Muy bien —asintió Fisk—. Pasado mañana es nuestro día libre. Tendrás oportunidad de encontrarte con él en el *saloon* de papá Joe.

Harry sacó un pañuelo y enjugóse el sudor de la frente, sin dejar de mirar a Luke.

—Creo que no podré esperar tanto tiempo.

Fisk también interrumpió su trabajo.

—No cometas ninguna locura, Harry.

Harry le dirigió una mirada, sonriendo.

—¿Crees que él me puede?

—Es ocho años más joven que tú.

—Lo crees, ¿eh? Te demostraré que estás equivocado.

Fisk se puso a parpadear.

—Oye, muchacho, nada más tienes que aguardar cuarenta y ocho horas. Ya te arreglarás con él en el campamento.

Harry Steen echó a andar llevando el martillo en la diestra.

Los hombres empezaron a prestarle atención y poco a poco dejaron de trabajar. Sólo Luke continuó enarbolando el martillo en el aire y dejándolo caer.

Harry Steen se detuvo muy cerca de Luke.

—Hola, chico.

Luke estaba agachado y volvió la cabeza, observando atentamente al hombre que lo saludaba.

—¿Cómo va eso, Harry?

Se hizo un largo silencio. Harry Steen se mojó los labios con la lengua.

—No sabía que habías ido al *saloon* de papá Joe.

—McCormick me envió allá. Quiso que le trajese unas latas de conserva.

—Eres un gran tipo, Luke.
—Tú también lo eres, Harry.
—¿Únicamente fuiste a por las latas de conserva?
—Bueno, ése fue el motivo, pero ya que estuve allí, me divertí un poco.
—Aprovechaste bien el día, ¿eh, Luke?
—No me puedo quejar, Harry.
Steen sacudió la cabeza.
—¿A quién viste allí?
—No había mucha gente. Libraban los de la sección Quinta. Según me contaron, andan retrasados en el trabajo y el capataz los castigó con dos horas extra.
—¡Infiernos! Fue una suerte para ti, ¿eh, Luke?
—¿Tú crees?
—Tuviste a tu disposición todo el local de papá Joe, y naturalmente, también tuviste libres a sus doce chicas.
—Soy hombre que se contenta con poco.
—Y te bastó con una, ¿verdad, Luke?
—Es posible.
—¿Quién fue, Luke?
Éste empezó a enderezarse pasándose el dorso de la mano por la boca. Sus ojos verdosos observaron atentamente la cara sudorosa de Harry Steen.
—Invité a Sylvia.
Hubo una nueva pausa y luego Harry Steen se puso a reír.
—Estás bromeando, Luke.
—No bromeo, Harry. Fue Sylvia.
El rostro de Harry Steen quedó muy serio y una venilla de su sien comenzó a hincharse.
—¡Maldito bastardo! ¡Tenías para elegir doce muchachas y te divertiste con Sylvia!
—No ocurrió lo que tú crees, Harry. Ella y yo bebimos un rato y charlamos de muchas cosas.
—¡Todavía no ha nacido el hijo de perra que me la pegue!
—Escucha, Harry. Yo tampoco consiento que nadie me insulte. He dado una explicación sin debértela dar.
Harry Steen soltó una risotada.
—Miren lo que dice. No me debía dar ninguna explicación. Se

juerguea con mi novia, y, según él, debo darle las gracias.

Los demás hombres rompieron a reír.

Luke los miró a todos.

—Anda, reírle el chiste. Sois una pandilla de cobardes. Os tiene atemorizados.

Harry Steen dejó de reír.

—¡Cállate, Luke! —ordenó, con voz brusca.

—Ya he empezado y no pié voy a callar —contestó Luke—. ¿Cuántos de vosotros habéis deseado pasar un rato con Sylvia? Apuesto a que ni uno solo de vosotros lo ha dejado de pensar, pero Luke os lo prohibió. Por eso os habéis estado quietos. Os metió el miedo en el cuerpo. Basta una palabra suya para que os pongáis a temblar.

Harry Steen había fruncido los ojos.

—Ya has hablado bastante, Luke.

—Sí, ya lo he dicho. Y ahora me vas a dejar en paz.

—No, chico. Esto no puede acabar así.

—Lárgate, Harry.

Las manos fuertes de Steen se apretaron sobre el mango del martillo. De pronto, lo levantó en el aire y se lanzó sobre Luke, gritando:

—¡Te voy a romper la cabeza!

Luke estaba preparado y saltó con celeridad, cambiando de lugar. El martillo descendió rápidamente y golpeó contra una traviesa, astillándola.

Luego le tocó el turno a Luke. Enarboló su martillo y lanzando un rugido, lo echó atrás, por encima de su espalda, descargándolo sobre Harry, pero éste había tomado mucho impulso y le, fue fácil burlar la embestida.

Los dos hombres quedaron mirándose, los ojos despidiendo llamaradas, los pechos jadeantes.

Era una lucha primitiva, feroz.

Los hombres empezaron a gritar:

—¡Animo, Harry! ¡Ya es tuyo! ¡A por él!

Ninguna voz se alzó en favor de Luke.

Los labios de Harry sonreían. Empezó a moverse alrededor de su víctima, la cual lo vigilaba estrechamente, los nudillos blancos sobre el mango del martillo.

Harry movió su arma hacia atrás y lanzóla de abajo arriba contra Luke. Éste saltó encogido y el martillo le rozó la cara en su camino. Tropezó contra la traviesa y cayó hacia la derecha.

Harry hizo descender el martillo y Luke subió el suyo para parar el golpe. La cabeza de hierro rompió en dos pedazos el mango de Luke y chocó contra su hombro. Luke lanzó un grito de dolor y desplomóse de bruces. Una exclamación de triunfo brotó de la garganta de Harry y los testigos de la pelea prorrumpieron en exclamaciones.

—¡Ahora, Harry!

—¡Acaba con él, muchacho!

Harry levantó otra vez el martillo, y Luke, en el suelo, dirigió una mirada hacia arriba observando la mueca cruel que surcaba la cara de su enemigo, Harry detuvo un momento el arma en alto, las pupilas centelleantes.

—No volverás a jugármela, muchacho. Nunca más.

—¡Puerco! —exclamó Luke.

Harry hizo rechinar los dientes. Luego, respiró y se preparó para descargar el martillazo definitivo.

En aquel instante, se oyó una voz fuerte.

—¡Estate quieto, Harry!

Harry volvió la cabeza y vio a McCormick con un revólver en la mano. La cara del irlandés parecía moldeada en barro rojo.

—Él me provocó, señor McCormick.

—¡Suelta ese martillo!

—¿Es que no lo ha oído? Luke me provocó.

McCormick levantó el revólver apuntando al cuerpo de Harry.

—¡Contaré hasta tres, Harry, y si para entonces no has bajado ese martillo, te juro que te haré un agujero en la piel!

Harry vaciló todavía unos instantes.

—¡Uno! ¡Dos!…

Harry hizo descender el martillo, dejándolo en el suelo.

McCormick avanzó hacia el lugar donde se había ventilado la pelea.

Luke seguía en el suelo con los ojos cerrados, arrugando la cara porque el hombro debía dolerle mucho.

McCormick movió otra vez el revólver.

—¡Apártate, Harry!

Steen se echó atrás de mala gana, pasándose el dedo índice debajo de la nariz.

McCormick se agachó sobre Luke.

—¿Qué fue, Luke?

—Me ha roto la clavícula.

—Quizá no sea eso.

McCormick alargó la mano, tocando el hombro lesionado de Luke.

El joven lanzó un grito y McCormick retiró su diestra. En cuclillas, volvió la cara hacia Harry.

—¡Maldito seas, Steen! ¡Lo has retirado de la circulación!

—Él se lo ganó.

McCormick se levantó furioso.

—Debiera despedirte por esto, Harry. ¡Ya os advertí que no quería peleas en la sección tres! ¡Y ahora, además de dejarme con un hombre menos, estás retrasando el trabajo!

—Hay cosas que un hombre no puede soportar —dijo.

—Sí, ¿eh? Tú eres muy hombre, ¿verdad, Harry? Seguro que fue una mujer. Os tienen sorbido el seso. —Hizo una pausa—. ¡Escuchadme bien! ¡Si vuelve a ocurrir algo como esto, os juro que ningún obrero de la sección tres pisará el *saloon* de papá Joe!

Hubo un silencio. Nadie dijo nada.

—¡Muy bien! —gritó McCormick—. ¡No os pago para que estéis tomando el sol! ¡Todo el mundo al trabajo!

Los hombres se retiraron y poco después empezaron a oírse los golpes de los martillos contra las traviesas.

McCormick enfundó el revólver.

—Anda, hijo —murmuró, dirigiéndose a Luke—. Has de levantarte. Te echaré una mano.

Ayudó a Luke, el cual se puso en pie soltando un gemido.

—No te preocupes, muchacho —dijo McCormick—. Te llevaré a la tienda del doctor Davis y él te pondrá como nuevo.

Se pusieron a andar, alejándose del tendido.

Harry Steen les echó una mirada y se puso a reír.

—Bien, ¿qué dices ahora, Fisk?

—¡Infiernos! No pensé que Luke fuese un tipo tan blando. Le ganaste bien.

Harry hinchó los pulmones de aire.

—Debe darle las gracias a McCormick. Si no hubiese sido por él, a estas horas estaría en el otro mundo.

Fisk hizo un gesto afirmativo.

—Oye, Harry, ¿qué vas a hacer con Sylvia?

—¿Con Sylvia? —repitió Harry, y quedóse pensativo—. Sí, creo que convendría darle una pasada también a ella.

Fisk se echó a reír.

—Eso sí que es bueno. ¿Lo habéis oído, chicos? Harry le va a dar una pasada a Sylvia.

Los hombres rieron, pero a Harry no le gustó aquello.

—¡Basta! —gritó.

Sus compañeros dejaron de reír y Harry pensó en aquel instante en lo que había dicho Luke acerca de que él les había metido el miedo en el cuerpo. Sí, Luke era un tipo muy listo.

Se escupió en las manos y reanudó su trabajo.

El tiempo fue pasando lentamente. A media mañana llegó el hombre que traía la correspondencia. Nada más había una carta para Spencer Lodge, el cual la abrió muy aprisa, leyendo ávidamente su contenido.

—¡No puede ser! —gritó, de pronto.

—¿Qué es lo que no puede ser? —inquirió el compañero que tenía al lado.

—Mi chica se ha casado con otro. ¿Lo oís? ¡No puede haberme hecho eso a mí! ¡Os digo que no puede!

Los hombres habían continuado trabajando, porque desde que ocurrió la pelea entre Harry y Luke, habían estado tratando de recuperar el tiempo perdido.

Spencer Lodge hizo pedazos la carta. Era un muchacho joven, de unos veinticinco años, y según contó cuando llegó a la sección tres, había ido a trabajar al ferrocarril para reunir el dinero que necesitaba para casarse con una rubia que había conocido en Kansas City.

Se llamaba Doris y ahora ella le decía que se había casado con otro hombre.

Nadie lo miraba y él observó cómo trabajaban.

—¿Qué os pasa? ¿Es que estáis sordos? ¡Doris me ha abandonado!

Fue Fisk quien enderezó el cuerpo, y después de soltar un

salivazo en el polvo, dijo:

—Así son todas, muchacho. Un día te descuidas, les das las espaldas y se echan a volar por su propia cuenta.

—¡Pero Doris era distinta!

Fisk se rascó junto a una oreja.

—Eso es lo que nosotros creemos. Cada vez que nos encontramos con la que nos gusta, pensamos que ella es distinta a las demás. Pero te lo digo yo, muchacho. Son todas igual.

Spencer se sentó en el suelo y cubrióse el rostro con las manos, emitiendo un sollozo.

Harry guiñó un ojo a Fisk y éste acudió a su lado.

—¿Qué quieres, Harry?

—Estoy pensando que ese muchacho debe tener mucho dinero ahorrado.

—Sí, creo que sí.

Harry observó al desconsolado muchacho.

—Y no está bien que nosotros le abandonemos. Él nos necesita mucho.

—Sí, Harry. Seguro que nos necesita.

—Nos ocuparemos de él a partir de ahora.

—¿Qué parte va a ser para mí, Harry? Estoy sin blanca.

—Eres un cerdo, Fisk —dijo Harry—. ¿Cómo puedes pensar en esas cosas?

Fisk lo miró confuso.

—Yo creí que…

—Anda, vuelve al sitio. Y procura hacerte simpático a Spencer.

—Sí, Harry —dijo Fisk, y se marchó al lugar que le correspondía.

Spencer se puso en pie al fin, cogió su martillo y empezó a golpear rabiosamente.

Transcurrió otra hora. Estaban esperando que de un momento a otro sonase la señal para ir a comer, pero, de pronto, el hombre que trabajaba más a vanguardia de la sección tres, dio la voz de alarma.

—¡Eh, chicos, mirad hacia el oeste!

Los hombres interrumpieron su trabajo.

Allá a lo lejos caminaba un hombre sobre la llanura, acercándose al tendido del ferrocarril.

Era muy alto y cargaba a la espalda una silla de montar. Su otra

mano la ocupaba con un rifle.

CAPÍTULO II

Cuando el desconocido estuvo cerca, todos pudieron ver que se trataba de un joven de unos veintisiete o veintiocho años de edad, de tez curtida por los elementos, rostro de facciones duras, en el que destacaban unos ojos negros de mirada vivaz.

Dejó caer la silla al suelo y saludó sonriente.

—¿Qué tal, muchachos?

Harry Steen dio unos pasos hacia él.

—¿Se quedó sin montura, vaquero?

El joven se echó atrás el, sombrero tejano de ala ancha que cubría su cabeza.

—Sí. Se partió una pata y tuve que rematarlo. Ocurrió hace dos días.

—¿Quiere decir que lleva caminando dos días por el desierto?

—Exactamente.

—No parece reflejar mucha fatiga.

El joven señaló hacia el camino que había traído.

—Todo consiste en saber andar por ahí.

—Usted conoce la región, ¿eh?

—Llevo muchos años por estos andurriales.

—¿Ha visto indios?

Los ojos del joven se entrecerraron observando a Harry.

—Alguno he visto. ¿Le preocupa?

Harry se echó a reír.

—Los tenemos asustados. Hace un par de meses, les dimos una buena lección. Desde entonces, nos han dejado en paz.

El joven sacudió la cabeza.

—No se descuiden. —Luego se agachó, cogió otra vez la silla y se la echó a la espalda—. ¡Adiós, muchachos!

—No nos dijo su nombre —dijo Harry, cuando ya el joven había echado a andar.

El hombre que había perdido su caballo se detuvo y volvió la cabeza.

—Lawrence, Mark Lawrence.

Luego prosiguió su camino hacia las tiendas de campaña que había a la izquierda.

Se detuvo delante de un hombre que había sentado ante una mesa, consultando un mapa, y volvió a dejar la silla en el suelo.

—¿Es usted el jefe de este bochinche?

El tipo a quien iba dirigida la pregunta tenía el cabello blanco y levantó la mirada para observar al desconocido.

—Sólo soy el ayudante del capataz.

—Quisiera hablar con el jefe.

El ayudante observó al joven de pies a cabeza. Luego, repuso:

—Vaya a la segunda tienda. Se llama Thomas McCormick.

Mark Lawrence tuvo que agacharse para no tropezar la cabeza contra la lona de la entrada.

Vio a un hombre de cara rojiza que estaba tendido sobre un jergón.

—¿Señor McCormick? —inquirió.

El capataz se enderezó quedando sentado sobre el borde del lecho.

—Sí, yo soy —observó al joven—. Llega usted muy a tiempo. Justamente hace unas horas me quedé sin uno de los hombres. Parece fuerte.

—Lo soy.

—Muy bien. Irá a la sección tres. Ya conoce cuál es el sueldo, siete dólares diarios y tres extra por cada milla que se gane. Cobrará los sábados, y los extras los devengará cuando hayamos llegado al final.

—Lo siento, señor McCormick, pero no vine en busca de trabajo.

—¿Cómo? —Los ojos de McCormick brillaron airados—. ¿Por qué me ha dejado hablar?

—No me gusta interrumpir a la gente.

—Ya. —McCormick observó con más atención al joven—. ¿Quién es usted?

—Mark Lawrence.

—¿Lo mandan de la División?

—No.

—¡Maldito sea! ¡Dígalo de una vez! ¿Qué es lo que quiere?

Lawrence no se soliviantó por la voz del capataz. Echó una mirada a la mesa cercana y vio sobre ella una botella de *whisky* y un vaso.

—¿Puedo echar un trago? El desierto es malo para la garganta. Podré hablar mejor.

—¡Muy bien, échelo!

Lawrence escanció un par de dedos de *whisky* y bebió su contenido de un trago.

—Es bueno —contestó.

—¡De acuerdo, es bueno! —asintió McCormick, abruptamente—. ¡Suéltelo de una vez!

Lawrence lo miró fijamente.

—Creo que va a tener complicaciones, McCormick.

—¿Con quién?

—Indios.

—¿Y me ha hecho perder mi siesta para eso? —señaló la botella —. Únicamente quería echar un trago ¿eh?

—No, McCormick. Le estoy hablando en serio. Les faltan dos millas para meterse en territorio indio.

—Sí.

—Cuando lleguen allá, los indios no estarán conformes con el paso del ferrocarril.

McCormick se echó a reír.

—¿De dónde viene usted, Lawrence?

—Del desierto.

—¿Y antes dónde estuvo?

—En el desierto.

—¿Y qué es lo que busca en el desierto?

—Oro.

—Muy bien. Pues siga buscando oro, pero márchese enseguida.

McCormick se tendió otra vez en el jergón. Esperó oír los pasos de Lawrence mientras se iba, pero el joven continuó donde estaba.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no se va? —gritó.

—Ustedes firmaron un acuerdo con Nube Roja. El les dejaría pasar por su territorio.

Tengo que darle una mala noticia, McCormick. Nube Roja murió hace ocho días.

McCormick empezó a levantarse otra vez, pero ahora lo hizo muy lentamente. Sus ojos se volvieron a fijar en el rostro del joven.

—Repítalo.

Lawrence no lo repitió. Vio una silla a sus espaldas y sentóse en ella. Luego sacó una bolsa de tabaco del bolsillo superior de su polvorienta camisa y se puso a liar un cigarrillo.

McCormick se enderezó, acercóse a la mesa y echó en el vaso una buena ración de *whisky*. Bebió un pequeño trago y observó otra vez a Lawrence, el cual estaba encendiendo el cigarrillo.

—¿Cómo sabe que Nube Roja ha muerto?

—Asistí a los funerales.

—¿Quién es el jefe ahora?

—Águila Negra, el mayor de sus hijos.

—¿Y cree usted que no respetará los compromisos de su padre?

—Estoy seguro de que no.

—¿Por qué está tan seguro?

—Águila Negra siempre ha odiado a los blancos. Me las he tenido que ver con él en un par de ocasiones. Su padre ejercía una gran autoridad sobre él, pero ahora Águila Negra es el jefe y su voz es la ley. No existe ningún hombre en su tribu que pueda oponérsele.

—Todo eso son suposiciones suyas. Yo quiero hechos concretos.

—Los hay, McCormick.

—¿Qué quiere decir?

Lawrence dio una larga chupada al cigarrillo, y mientras arrojaba el humo, dijo:

—No quise asistir al nombramiento de Águila Negra como jefe y emprendí la marcha hacia el Sur. Tenía un viejo mapa que me vendió un minero y quise averiguar si efectivamente en el, lugar señalado con una cruz había oro. Llegué a mi destino dos días después de la muerte de Nube Roja. El lugar del plano estaba situado en la vertiente de un cañón muy profundo. Estando examinando el terreno, oí ruido de una galopada. Me extrañó mucho porque por aquella parte no se dejan caer nunca los indios. De modo que decidí, comprobar de qué se trataba. Me asomé por entre las rocas y pude ver a lo lejos a un grupo de jinetes. —Lawrence hizo una pausa para inhalar de nuevo el humo, y luego agregó—: Vi a Águila Negra con otros tres de su tribu. Frente a ellos

había dos hombres blancos. Di una gran vuelta para poder acercarme. Pensé que la conversación debía ser muy interesante. Llegué casi al final del diálogo, pero cogí lo suficiente para saber a qué atenerme. Águila Negra estaba diciendo a los tipos que atacaría el tendido del ferrocarril en cuanto hubiesen llegado a su territorio, pero que los blancos debían cumplir su palabra y entregarles las armas que habían prometido. Uno de los fulanos dijo que cumpliría su compromiso y que el gran jefe Águila Negra debía estar tranquilo a ese respecto. Luego, el grupo se disolvió. Los dos hombres blancos se dirigieron al Este y Águila Negra y sus guerreros desaparecieron por el lado opuesto.

Mark terminó su relato y guardó silencio.

McCormick le alargó el vaso.

—Ande, beba.

Lawrence bebió un trago y puso el vaso sobre la mesa.

McCormick se puso a pasear, frotándose la nuca. De pronto, se detuvo.

—¿Vio bien a los hombres blancos?

—No. Nada más de pasada. No podía levantar la cabeza porque podían descubrirme.

Me interesaba solamente la conversación.

—Sí, comprendo.

—Eran dos tipos bastante altos y uno de ellos era rubio. Sus rostros los tengo completamente desdibujados porque, vuelvo a repetir, sólo pude observarlos desde muy lejos.

McCormick sacudió la cabeza.

—Me va a acompañar a la División, Lawrence.

—No puedo.

—¿Por qué?

—He de volver a buscar mi mina. Quiero ir al poblado que hay a doce millas de aquí para comprarme un caballo. Tan pronto como se fue Águila Negra, me vine hacia acá, pero en el camino perdí mi potro.

—Le hago un trato.

—¿Sí?

—Le proporcionaré un caballo gratis si me acompaña a la División.

Lawrence dejó caer la punta del cigarrillo al suelo.

—No está mal eso —dijo.

—Saldremos ahora mismo. Justamente un convoy va a partir de un momento a otro.

Poco después, McCormick y Lawrence viajaban en la máquina que se deslizaba rápidamente por la vía.

Media hora más tarde, llegaban a su destino, el cuartel general de la División.

Lawrence vio grandes barracones en los que se apilaban los materiales que se necesitaban para realizar el tendido del ferrocarril. A la derecha había otros barracones y carros. Por entre éstos se movían algunas mujeres.

McCormick lo condujo a la casa que ofrecía mejor aspecto. A un lado de la puerta había un cartel en el que se leía: «Jefatura de la Segunda División. Quinto Tramo del ferrocarril del Oeste».

McCormick llamó a una puerta y una voz autorizó la entrada. Mark dejó la silla en el suelo. Una vez dentro, Lawrence fue presentado a Robert O'Neill, ingeniero jefe de aquella parte del tendido, un hombre de unos cincuenta años de edad de abultado abdomen y cara redonda en la que brillaban unos ojos muy pequeños.

McCormick explicó a O'Neill lo que había oído de Lawrence.

El ingeniero lo escuchó todo y luego detuvo sus ojos en la figura de Mark.

—¿Sabe una cosa, señor Lawrence? Es usted el cuarto hombre que viene aquí con una de esas historias.

—¡Vaya! Celebro que estén sobre aviso.

—No me ha entendido, señor Lawrence. Los hombres que vinieron antes que usted advirtiéndonos que los indios se levantarían contra nosotros, nos propusieron enseguida un plan: el de disuadir a los rebeldes. Y por ese trabajo solicitaron, naturalmente, una cantidad de dinero.

El rostro de Mark permaneció inalterable.

O'Neill sonrió mientras hacía un gesto con la mano.

—El primero tuvo suerte, señor Lawrence. Se le dio crédito a su historia y recibió trescientos dólares a cambio de sus servicios. Se marchó para convencer a los indios y dos días más tarde fue visto por uno de nuestros hombres en una ciudad veinte millas detrás de nosotros. Se estaba divirtiendo en un *saloon* con dos mujeres, y,

naturalmente, el dinero que invertía en su negocio era el nuestro.

Se hizo un gran silencio.

—Muy bien, señor Lawrence —siguió diciendo O'Neill—. ¿No quiere proponernos que le demos dinero para convencer a los rebeldes?

Mark se quedó mirando un rato la cara de O'Neill. Luego, dio media vuelta y salió de la casa.

O'Neill y McCormick quedaron solos.

—Lo he, desenmascarado —dijo el ingeniero.

McCormick sacudió la cabeza.

—Ese hombre no me parece como los otros.

—¿Por qué, McCormick? ¿Qué encontró en él de particular?

—Es un lobo solitario.

—Son los peores. Apuesto a que no tiene un centavo en el bolsillo.

—Se quedó sin caballo por venir a avisarnos.

—Y usted lo creyó. Ahí tiene el motivo de su visita. Al quedarse sin caballo, pensó que tenía que hacerse con otro. Y ahí fue donde entramos en juego nosotros. No dudó que le daríamos crédito.

—Me falta aclararle una cosa, señor O'Neill —dijo McCormick, yendo hacia la puerta.

—¿El qué? —preguntó O'Neill.

—Mark Lawrence no quería venir aquí. Su intención era darnos la noticia, largarse a un poblado cercano para comprar una nueva montura y volver al desierto.

—Cuentos.

—¿Empezará a creerle si nos enteramos de que Nube Roja ha muerto realmente?

O'Neill arrugó la cara, sin dejar de mirar al capataz. Luego, dijo:

—Es posible.

McCormick hizo un gesto afirmativo y salió de la habitación, cerrando a sus espaldas.

CAPÍTULO III

Lawrence estaba esperando fuera de la casa. Cuando McCormick se le unió, dijo:

—Iré con usted al extremo del tendido y allí nos despediremos.

—No se lo tome en cuenta, Mark —repuso el capataz.

—Ya cumplí con venir a avisarles. Lo demás es asunto de ustedes.

—¿Por qué no se queda aquí unos días?

—Nada tengo que hacer en este lugar. Y ya me perjudiqué bastante abandonando mi trabajo.

—¿Es que no se acuerda? Yo le debo comprar el caballo.

—No hace falta que lo haga.

—Siempre cumplo mis tratos. Ande, venga. Usted mismo lo elegirá.

Lawrence cogió la silla y fue con McCormick hacia donde estaban los carros. El capataz se enfrentó con un hombre de tez muy cobriza y pómulos hundidos.

—Hemos venido a comprarte un potro, Paul.

El llamado Paul hizo una señal con la cabeza para que lo acompañasen. Detrás de los carros había un recinto barrado donde descansaban media docena de caballos.

Mark los estuvo observando un rato, y, finalmente, señaló uno de pelaje color canela.

—Son cuarenta y cinco dólares —dijo Paul.

—Dele treinta y cinco —dijo Mark al capataz.

El vendedor frunció el ceño.

—Dije cuarenta.

—Le había entendido treinta y ocho —repuso Mark.

Paul se echó a reír.

—Está bien, deme los treinta y ocho.

McCormick sonrió también mientras entregaba el dinero.

Mark colocó la silla sobre el animal y montó. El potro se movió nerviosamente.

McCormick y Paul vieron cómo el jinete lanzaba el caballo hacia delante y de pronto lo frenaba. Finalmente le dio suelta y el potro brincó por la valla, iniciando una rápida carrera. Doscientas yardas más allá, Lawrence dio la vuelta y dejó ir el caballo al paso.

—Agregue un par de dólares, McCormick —dijo.

—¿Cómo? —dijo el capataz.

—El potro los vale.

McCormick hizo una mueca, pero finalmente entregó los dos dólares a Paul, el cual se tocó el ala del sombrero…

—Gracias, muchacho. Se los aceptó porque usted entiende de caballos.

Lawrence puso pie en tierra.

—¿Me lo cuidará, Paul?

—Claro que sí. Y no le costará nada durante los tres primeros días. Corre de cuenta de la casa.

—No serán más. Me iré pronto de aquí.

McCormick y Lawrence echaron a andar. El joven rompió el silencio de pronto.

—Así que quieren informarse si Nube Roja está muerto.

McCormick se detuvo mirando a Lawrence, y de pronto, se echó a reír.

—Usted es condenadamente listo, Mark.

—Un hombre que vive solo se acostumbra a pensar con el cerebro de los demás.

—Comprendo. Pero debe tener en cuenta que el señor O'Neill no puede tomar una decisión a la ligera. Es muy grande su responsabilidad. Hay una compañía del Ejército veinte millas al Este. Vendrán aquí en cuanto el señor O'Neill les avise, pero ya lo hicieron una vez y O'Neill tuvo que pasar por una situación ridícula.

—Está bien, McCormick, no hace falta que se excuse. Soy un hombre comprensivo, pero ¿qué pinto yo aquí? Cuando el señor O'Neill quedé convencido de que Nube Roja ha muerto, avisará a los soldados. El resto del trabajo les corresponderá a ellos.

—Usted conoce la región, ¿verdad, Mark?

—Sí.

—Pues ahí lo tiene. Seguro que usted les será útil.

—No, soy un explorador del Ejército, McCormick.

—No, no lo es, pero puede serlo de nuestra compañía.

Mark sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Siempre me he dicho que viviría solo mientras pudiese, McCormick. Nunca he querido depender de nadie.

—Yo le lograría un buen sueldo, Mark.

—Creí que usted no tenía más atribuciones que las de capataz.

—Es lo que soy, pero aunque esté mal decirlo, mis sugerencias son siempre tenidas en cuenta.

—Prefiero marcharme a por mí mina de oro.

—Espera encontrarla, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—¿Cuánto tiempo lleva metido en esa aventura?

—Ocho años.

—¿Encontró alguna vez algo que valiese la pena?

—Sinceramente, no. Nunca ha faltado la pepita salvadora, o el polvo de oro que me ha servido para comprar provisiones. Pero lo que se dice una mina o un trozo de filón, eso no.

—Y usted insiste en encontrarla —McCormick dio un suspiro—. Admiro su voluntad, Mark.

Lawrence miró hacia la llanura.

—Me gustan esos espacios sin fin y resulta bueno eso de encontrarse a solas en la noche, tendido en tierra, fumando un cigarrillo, con un cielo de estrellas por encima de la cabeza.

—Sí, debe ser maravilloso —aceptó McCormick—. Pero ¿nunca se siente aburrido?

—Nunca —respondió Mark.

—Haré otro trato con usted. Se quedará un par de días y yo le pagaré diez dólares por cada jornada. Si para entonces, O'Neill no está convencido de la veracidad de su información, usted quedará libre para marcharse donde quiera.

Mark se detuvo observando el rostro del capataz.

—Muy bien, McCormick. Acepto.

McCormick le tendió la mano y ambos cambiaron un apretón.

—¿Dónde puedo alojarme? —preguntó Mark.

El capataz le hizo una señal y dirigiéronse hacia uno de los barracones.

Un hombre se estaba lavando la cara en una jofaina que

descansaba sobre un cajón.

—Hola, Wayne —le saludó McCormick.

Wayne tiró de una toalla que mostraba sobre el hombro y empezó a secarse.

—¿Qué tal, McCormick?

—Éste es Wayne, Mark. El tipo que tenemos a cargo de la intendencia. Te presento a Mark Lawrence, Wayne.

Los hombres se saludaron y luego McCormick añadió:

—Quiero que le prepares una habitación. Mark estará un par de días con nosotros.

—Tengo un cuarto libre al lado del mío. No es un lecho de rosas, pero podrá dormir en una cama.

—No se preocupe. Estoy acostumbrado a descansar en el suelo. Lo suyo será una nube de algodón.

McCormick se despidió de Lawrence.

—Tengo que regresar a la sección tres, pero nos veremos pronto.

Mark tosió suavemente mientras dirigía la mirada hacia las mujeres que se veían entre los carros.

—¿Quiénes son ellas?

McCormick siguió la dirección de los ojos de Mark y luego se puso a reír.

—Son las chicas de papá Joe. Detrás de los carros hay un *saloon* portátil. Las muchachas cantan, bailan y… Bueno, lo demás es cuenta de cada uno. —McCormick se interrumpió, metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes—. Aquí tiene los diez dólares que le corresponden.

—¡Oh, no! Hoy no se lo puedo aceptar.

—Déjese de historias. Ya firmamos nuestro compromiso. Se los tiene ganados.

Finalmente, Mark aceptó los diez dólares.

McCormick se dirigió andando a grandes zancadas hacia el barracón de la Jefatura.

Durante la siguiente media hora, Mark Lawrence se preocupó de su aseo personal. Se lavó, peinó y cepilló.

Finalmente, cuando se encontró en condiciones, hizo un saludo con la mano a Wayne y echó a andar hacia el lugar donde se hallaban las mujeres.

Una morena le dedicó una sonrisa y él le contestó con otra. Pero

la joven estaba demasiado delgada. Descubrió a una rubia de espaldas que estaba peinándose frente a un espejo. Poseía un cuerpo escultural, pero su cara no estaba en consonancia con el resto.

Se metió entre los carros, y de pronto se detuvo observando a una pelirroja que estaba de cuclillas, vendando la pata de un perro.

La chica hablaba al animal.

—Eso te ha pasado por ser un atrevido, «Minuto». ¿Cómo se te ocurre pelearte con un perro más grande que tú? Sí, ya sé que a ti te gusta «Diana», pero debes comprender que en la vida uno no puede tener lo que quiere.

Mark cruzó los brazos sonriendo. La pelirroja prosiguió, creyéndose sola:

—Olvídala, «Minuto». Es lo que tienes que hacer. Hasta es posible que eso te produzca mejores dividendos. Seguro que si no le haces caso, «Diana» se sentirá ofendida y empezará a prestarte atención. ¿Qué papel has hecho peleando con «Dick» y quedando derrotado?

El perro aullaba por lo bajo y movía la cabeza como si comprendiese lo que le estaba diciendo la joven. Al fin, ésta terminó el vendaje y dejó al perro suelto.

—Te curarás enseguida, «Minuto». Nada más ha sido un rasguño, pero no eches en el olvido mis consejos.

Mark observó a la mujer. Era esbelta, sus caderas ampulosas, la cintura estrecha y su cabellera como una oleada de fuego.

—Creo que lo está aconsejando mal —dijo.

La joven volvióse sobresaltada, lanzando un gritito.

Ahora Mark pudo ver su rostro. Era bellísimo, de ojos muy grandes de un color verde claro, la nariz fina y los labios rojos. En cada mejilla mostraba un hoyuelo.

Ella lo miró a él también, y dijo con voz irritada:

—Es de mala educación escuchar las conversaciones de los demás.

—No fue culpa mía. Vine paseando por aquí y me la encontré a usted.

—Debió hacer notar su presencia.

—Me resultó interesante el diálogo, aunque le vuelvo a repetir que no coincido con usted respecto a la validez de sus consejos.

—¿Por qué no?

—Para conseguir algo en la vida hay que luchar por ello. ¿No vio a «Minuto»? Peleó con «Dick» por «Diana». Su instinto le dijo que sólo así la lograría.

—Lo único que consiguió fue un buen mordisco.

—Pero pudo ganar. Corrió un riesgo y perdió. Ahora conocerá mejor a su enemigo.

Quizá la próxima vez la victoria se incline de su parte.

Hubo un largo silencio entre los dos jóvenes.

Finalmente, ella dijo:

—Supongo que pensará lo mismo de las personas.

—Sí.

—¿Cree que nos gobierna solamente el instinto? ¿Para qué cree que tenemos la mente?

—La mente organiza un plan, pero es el instinto el que nos da el coraje para llevarlo a cabo.

—Es completamente falso.

—Se lo puedo demostrar.

—Me gustaría.

Mark sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Yo la he visto a usted hace un momento. Es muy bonita. Siento el deseo de besarla y yo pienso que para realizarlo he de llegar hasta usted, rodearla por la cintura y apretarla contra mí. —Mark fue hacia ella, la rodeó por la cintura y la apretó contra sí—. Es el instinto el que me ha impulsado, el que me ha dado coraje.

Lawrence unió su boca a la de ella.

Luego, él se separó.

—Ahí lo tiene, muchacha —dijo.

La joven lo miró asombrada. Los ojos muy abiertos.

—¡Usted es un desaprensivo, un aprovechado!

—Hablemos de ti y de mí y dejemos en paz a «Minuto» y a los demás perros. Vine buscando una chica y ya la he encontrado.

—¿Quiere usted decir que yo y usted…?

—Claro que sí, cariño. Vi a otras dos antes que a ti, pero ninguna de ellas fue de mi agrado. —El la midió de pies a cabeza—. Tú eres justo lo que yo necesito.

La joven parpadeó más confusa aún, trató de decir algo, pero de sus labios no escapó más que un sonido ininteligible.

—Mi nombre es Mark —dijo él—. Y ahora, si te parece bien, me

gustaría seguir hablando contigo entre cuatro paredes… Bueno, tú ya me entiendes.

La joven empezó a retroceder.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —dijo él—. ¿Es que no te gusto?

—¡No! —contestó ella, fieramente.

—Oye, chica, no he querido molestarte. Si quieres, podemos empezar otra vez.

La joven dio media vuelta y escapó por entre los carros.

La primera intención de Mark fue correr tras de ella, pero luego se dijo que no debía hacer tal cosa. Era cierto que la muchacha valía su peso en oro, pero le molestaba que se lo creyesen demasiado y eso era indudablemente lo que le pasaba a la pelirroja. Miró al perro que seguía en el mismo sitio.

—No le he caído bien, «Minuto» —dijo.

El can soltó un ladrido.

—Está bien, chico, no te pongas tú también a malas.

Echó a andar encaminándose al *saloon* portátil de papá Joe.

El local era bastante espacioso, pero todas las mesas estaban vacías y en el mostrador sólo se encontraban dos hombres. Uno de ellos, el más bajo, estaba con la cara vuelta hacia la puerta, y al ver entrar a Mark, exclamó:

—¡Testas coronadas! ¡Si es el lobo solitario de Mark Lawrence!

El joven se detuvo al instante, observando al hombre que a él se dirigía.

—¡Charly! ¡Charly Deems!

Se abrazaron palmeándose fuertemente en las espaldas.

Charly Deems estaba por los cincuenta años de edad y era de talla inferior a la regular, rechoncho, de cabello y barba llenos de canas.

—¡Infiernos, Mark! —dijo Charly—. Eres el último hombre a quien yo esperaba encontrar aquí. ¿Es que te ha dado ahora por la civilización?

—Estoy de viaje de negocios, pero me marcharé enseguida. ¿Y tú, Charly? Te creí en México.

—¿Lo oyes, Billy? Mark Lawrence me creía en México.

El llamado Billy se volvió. Era un tipo largo, escuálido, al que le faltaba un ojo, el izquierdo, sobre cuya cuenca exhibía un trozo de tela negra con lazos que ataba atrás, en la nuca.

—Cuando nos cargamos a Maximiliano nos resultó aquello muy aburrido —dijo Charly, riendo, y luego agregó—: Éste es Billy Boyd, Mark.

Billy sacudió la cabeza.

—¿Cómo estás, Mark? Charly me ha hablado mucho de ti.

Lawrence hizo una señal al mozo que había detrás del mostrador para que le sirviese un vaso.

Charly dijo:

—Naturalmente, este corre de mi cuenta.

—Parece que estás bien de plata, Charly —comentó Mark.

—No nos podemos quejar, ¿verdad, Billy? En México ganamos mucho dinero. —Charly rió otra vez—. Traté de convencerte para que vinieses conmigo, ¿te acuerdas, Mark?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Pero tú te quedaste porque estabas empeñado en encontrar tu mina de oro. ¿Ya la tienes Mark?

—No. Todavía no.

—¡Infiernos! Han pasado cuatro años. ¿Vas a decirme que durante todo ese tiempo has estado por esos desiertos?

Mark sonrió.

—Pareces olvidar que tú te tiraste quince años de tu vida por dónde yo ando ahora.

Charly se rascó la pelambrera.

—Sí, eso es cierto, pero ahora estoy en el buen camino.

—¿Qué buen camino en ése, Charly?

Billy Boyd intervino rápidamente.

—Pensamos invertir nuestros ahorros en algún negocio.

—¿Algún negocio por estos andurriales? —repuso Mark—. No iréis a decirme que estáis dispuestos a comprar el tendido del ferrocarril.

Charly se echó atrás, soltando una carcajada.

—¿Lo oyes, Billy? Es un chiste. ¿No te lo decía yo? Mark Lawrence es un tipo con buenas salidas.

Billy Boyd estaba muy pálido.

Mark lo miró un instante y cogió el vaso de *whisky* que el mozo le había puesto delante.

Después de vaciar su contenido, dijo:

—Bueno, muchachos. Si no nos vemos, os deseo mucha suerte

en vuestra inversión.

Charly le palmeó la espalda.

—Gracias, chico. Pero acuérdate de mí si encuentras al fin tu mina de oro —volvió a reír.

Mark hizo un saludo con la mano y abandonó el *saloon.*

Encontró a Wayne comiendo.

—Te he dejado un poco de comida, muchacho. Carne de búfalo con patatas.

Mark comió con apetito y Wayne se asombró al ver que dejaba el plato completamente limpio.

—¡Demonio! —exclamó—. ¿Es que te gusta la carne de búfalo, Mark?

—No está del todo mal.

—Cambiaría todos los búfalos del país por un buen filete de vaca.

Lawrence se encaminó hacia su habitación, mientras decía:

—Creo que voy a echar un buen sueño. No me despiertes para cenar. Ya comí bastante por hoy.

Wayne lo siguió con la mirada, mientras hacía una mueca de perplejidad.

Mark se tendió en el lecho y no tardó en conciliar el sueño.

De pronto, sintió que una mano lo tocaba y rápidamente se revolvió sacando el revólver de la funda.

CAPÍTULO IV

Thomas McCormick arrugó el ceño, observando el revólver que le apuntaba al estómago.

—Sacas muy rápidamente, muchacho.

Mark se enderezó mientras devolvía el revólver a la funda.

—¿Qué hora es?

—Las nueve de la noche.

—Caramba, he dormido unas cuantas horas. —Miró a McCormick—. ¿Qué pasa?

—Ha sido confirmada la noticia. Llegó al campamento un mestizo diciendo que Nube Roja murió, pero no ha agregado nada más.

—¡Vaya! O'Neill estará ahora más tranquilo, ¿eh?

—Todo lo contrario. Sus nervios están tensos como cuerdas de guitarra. Ha convocado una reunión. Asistirán todos los gerifaltes de este tramo. Quiero que me acompañes.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Le hablé de ti y ha comprendido que eres un tipo que nos va a hacer mucha falta.

—Me has complicado la vida, McCormick.

—Quizá esto sea tu filón.

—Lo dudo.

Mark se lavó la cara y se peinó. Luego, dirigióse con McCormick a la casa de O'Neill Este se hallaba ya rodeado por un grupo de cinco hombres. O'Neill saludó a Lawrence y lo presentó a sus colaboradores. Uno de ellos era también ingeniero, Stuart Bromfield, y los otros cuatro ayudantes que comandaban las diversas secciones de la División.

—Caballeros —dijo O'Neill—. Ustedes ya conocen cuál es la situación. Tenemos razones para pensar que las próximas sendas van a ser muy difíciles para nosotros. En cuanto he recibido

confirmación de la muerte de Nube Roja —aquí hizo una pausa, tosiendo suavemente mientras miraba a Lawrence—, he enviado un mensaje urgente al capitán Roger Morris. Ustedes saben que tenemos la protección del Ejército, pero por desgracia, las fuerzas del capitán Morris pueden resultar insuficientes para contener un ataque masivo. Siempre se ha pensado que seríamos molestados por pandillas de indios rebeldes, pero en ningún momento se ha previsto la posibilidad de una rebelión que abarcase muchas tribus. El capitán Morris estará aquí con sus tropas mañana al amanecer, y, por tanto, a él incumbirá a partir de entonces la responsabilidad de nuestra defensa. Pero, naturalmente, nosotros debemos colaborar. A partir de ahora, quedarán suspendidas todas las salidas del personal en las diversas secciones. Es necesario que cada cual ocupe su puesto, y que por ningún motivo lo abandone.

De pronto, se abrió una puerta y Mark oyó a sus espaldas el frufrú de una falda.

—Papá —dijo una voz femenina—, me he permitido preparar café para todos.

Los hombres se levantaron. Tan sólo quedó sentado Mark, sintiendo una sensación extraña en el estómago.

Vio una joven que pasaba por su lado portando una bandeja. Luego observó su cabellera roja, y, finalmente, su cara. Era la misma mujer que él había conocido cerca del *saloon* de papá Joe.

Se levantó de un salto y golpeó con las rodillas en la mesa, estando a punto de volcarla.

—Perdón —dijo.

La joven volvió la cabeza y lo miró al rostro, pero no hizo ninguna señal de reconocerlo.

—Ustedes ya conocen a mi hija Cherryl —dijo O'Neill—. A excepción de usted, señor Lawrence.

—Mucho gusto, señorita —dijo él.

—Encantada —dijo ella con voz indiferente.

Luego se puso a repartir las tazas de café. Se inclinó sobre su padre y lo besó en la mejilla.

—Buenas noches, caballeros.

Los hombres le devolvieron el saludo y la joven salió de la estancia.

Sirviéronse azúcar y empezaron a beber el café.

O'Neill se aclaró la garganta, prosiguiendo:

—Hay entre nosotros esta noche un hombre que nos puede servir de mucho. Se trata de Mark Lawrence, un hombre que ha vivido muchos años por esta región y que fue amigo de Nube Roja.

Las caras se volvieron hacia Mark. O'Neill carraspeó nuevamente.

—Quiero pedirle un favor especial, señor Lawrence.

—¿De qué se trata? —inquirió Mark.

—Nos sería muy útil conocer las intenciones de Águila Negra.

—No hay duda a ese respecto. Les atacará.

—Suponiendo que usted tenga razón, sería trascendental para nosotros conocer sus fuerzas, e incluso, si eso es posible, saber la fecha en que desencadenarán su ataque contra nosotros.

—Comprendo.

—¿Se atrevería usted a internarse por el territorio indio para procurarnos esos informes?

Se desgranaron unos segundos. Mark se removió inquieto en la silla.

—Lo mío no es la guerra, señor O'Neill.

—Sé que es usted un buscador de oro, pero quiero que me comprenda bien. Si usted acepta nuestro trabajo será un empleado más de la Compañía, y, por tanto, percibirá un sueldo. Estamos dispuestos a pagarle quinientos dólares por los datos que usted nos traiga.

Mark se pasó una mano por el cabello.

—Muy bien, señor O'Neill. Aceptaré con una condición.

—Dígala.

—Yo les traeré los informes que quiere, pero después de ello quedaré desligado de ustedes.

—Estoy conforme, señor Lawrence. Ahora mismo redactaremos el contrato.

—No necesito ningún contrato —dijo Mark.

—Como quiera.

Mark se puso en pie.

—Saldré ahora mismo.

—Espere unos minutos, Mark —dijo McCormick—. Lo llevaré a usted y su caballo en una de las máquinas hasta el final del tendido. Así ganará unas cuantas horas.

—De acuerdo. Lo esperaré fuera —asintió Mark—. Buenas noches, señores.

O’Neill se puso en pie para estrecharle la mano.

—Le deseo suerte.

Mark le dio las gracias y salió de la habitación.

Fuera ya de la casa se puso a liar un cigarrillo, mientras esperaban a McCormick. De pronto, oyó un ruido y al volver la cabeza vio apoyada en la pared una figura femenina.

Terminó de hacer el cigarro y después de encenderlo echó a andar adonde se encontraba la joven.

—Debió divertirse mucho a costa de mí, señorita O’Neill.

—¿Usted cree?

—La confundí con una…

Mark se interrumpió.

—No hace falta que de aclaraciones. Ya sé con lo que usted me confundió.

—Lo siento.

—El incidente quedó olvidado.

Se produjo un silencio.

—¿Puedo preguntarle qué hacía usted en esa reunión, señor Lawrence?

—Su padre me contrató para hacer un viaje.

—¿Un viaje? No le comprendo.

—Debo ir hasta dónde está Águila Negra y enterarme de cuáles son sus intenciones.

La joven abrió los ojos, asombrada.

—¿Usted va a hacer eso, señor Lawrence?

—Sí, por quinientos dólares.

—¿Cuántos hombres va a llevar con usted?

—Ninguno. Iré solo.

—Pero eso es absurdo. ¿Cómo ha consentido mi padre en eso?

—Se le ocurrió a él.

—Usted va a una muerte cierta.

—Trataré de regresar vivo.

—Entre ahora mismo ahí y renuncie, señor Lawrence.

—No voy a hacer tal cosa.

—¿Es que se va a jugar la vida por quinientos dólares?

—Es una importante cantidad. Ese dinero me permitirá

vagabundear por el desierto durante tres o cuatro años.

La perplejidad de la joven fue en aumento.

—¿Es a eso a lo que usted aspira, señor Lawrence? ¿A vagabundear por el desierto? Es imposible que esté hablando en serio.

—Soy un buscador de oro. Es lo que quise decir con lo de vagabundear.

—Pero esos indios lo matarán en cuanto lo descubran.

—Procuraré que tarden el mayor tiempo posible. Además, señorita O'Neill, yo también uso revólver.

Sobrevino otra pausa.

—Fue bueno el café —comentó Mark.

—Gracias.

De pronto, se oyó una galopada que fue acercándose a la casa poco a poco. Un jinete saltó de la silla a pocas yardas de donde se encontraban los jóvenes.

—¡Kirk! —exclamó Cherryl.

El hombre se acercó sonriente a la fachada de la casa.

Cherryl corrió a su encuentro y los dos se abrazaron.

Mark tuvo la extraña sensación de que una mano gigante le tironeaba de la espina dorsal. Vio cómo se besaban en la boca y luego ella dijo:

—Llegas tarde, Kirk. La reunión ya ha empezado.

—Lo hice premeditadamente, nena. Supuse lo entenderías y que me estarías esperando aquí.

—Papá se va a enfadar.

El la atrajo contra sí para besarla de nuevo, pero Cherryl ladeó la cara, y entonces observó a Mark, que estaba quieto.

Dio un tirón desasiéndose.

—Te presento a Mark Lawrence, Kirk. Señor Lawrence, éste es Kirk Francis, mi prometido.

Mark se acercó observando al hombre que se iba a casar con Cherryl O'Neill, el cual estaba justamente frente a la ventana por dónde salía un raudal de luz. Era rubio y debía de haber cumplido ya los treinta años, rostro de facciones regulares, casi bello. Era muy alto, aunque no tanto como Mark.

Los dos hombres cambiaron un apretón.

—No lo he visto nunca por aquí, señor Lawrence —dijo Kirk.

—Papá lo ha contratado como explorador —explicó Cherryl.

—¡Oh! ¿Quiere decir que va a ir por ahí en busca de Águila Negra?

—Ésa parece que es mi misión —contestó Lawrence.

Kirk se echó a reír mientras meneaba la cabeza.

—No comprendo cómo le pueden dar tanta importancia a las bravatas de un indio salvaje.

—No creo que las amenazas de Águila Negra sean bravatas, señor Francis —repuso Mark.

—¿De veras que no? —Siguió, sonriendo, Kirk—. Palabra que le envidio. Gustosamente me cambiaría por usted. Se va a dar un paseíto de unos días por esos mundos, y, por añadidura, se dedicará a la caza del indio. Le deseo que cobre muchas piezas.

Mark se contuvo a duras penas. Hubiese querido golpear en la cara a aquel hombre que hablaba tan superficialmente de algo que era muy grave.

—Bueno, querida —dijo Francis—. Ya es hora de que vea a tu padre. Luego me reuniré contigo. —Volvió la cara a Mark—. Hasta la vista, señor Lawrence.

Mark emitió un gruñido mientras el rubio entraba en la casa.

—Lo siento —dijo Cherryl—. Pero no debe tomárselo en cuenta, señor Lawrence. Kirk resulta a veces excesivamente jovial para quien no lo conoce.

—¿Qué pinta aquí?

—No me gusta su tono.

—Él me puso nervioso.

—Pues cálmese. —La joven hizo una pausa—. Kirk es el proveedor de traviesas de este tramo.

—Enhorabuena. Según me han dicho, hacen un buen negocio.

—No sea sarcástico, señor Lawrence. Kirk es dueño de una gran extensión de terreno al Este, muy cerca de aquí. Su padre lo compró a una compañía minera.

—¿Qué es lo que extraían?

—Cobre. Pero luego el filón se agotó, y naturalmente, ese inmenso terreno ha quedado totalmente improductivo. El padre de Kirk se arruinó. —La joven volvió a apoyarse en la fachada—. Kirk ha empezado de nuevo demostrando ser un hombre muy animoso.

Cherryl lo miró a los ojos.

—¿Cuándo se casarán ustedes?

—Cuando se acabe el tendido.

—Y supongo que eso va a ocurrir muy pronto.

—Dentro de cuatro meses.

—A no ser que Águila Negra retrase la terminación.

Las pupilas femeninas brillaron.

—¿Cree usted que lo conseguirá, señor Lawrence?

—Es difícil dar una respuesta.

La puerta se abrió, dando paso a McCormick.

—Vamos ya, Mark —dijo.

—Adiós, señorita O'Neill —dijo Lawrence—. Espero que su boda se celebre en el plazo previsto.

—Buenas noches —dijo McCormick.

—Hasta mañana, Tom. Le deseo un feliz viaje, señor Lawrence.

Los dos hombres caminaron alejándose de la casa.

—Bonita chica, ¿verdad? —comentó el capataz.

—Sí.

—Una mujer capaz de hacer feliz a un hombre. —Miró a Mark —. Lástima que la plaza esté ocupada.

Lawrence no hizo comentario alguno.

McCormick prosiguió:

—Trae el caballo a la vía. Lo meteremos en uno de los vagones.

Mark se separó del capataz yendo hacia el recinto barrado donde se encontraba su potro.

Minutos más tarde, la máquina resoplaba en su camino hacia la sección tres.

Mark miró hacia la casa de O'Neill cuando pasaban frente a ella, y a la luz de la ventana, vio la silueta de Cherryl O'Neill.

CAPÍTULO V

Mark no había visto tantos indios juntos en todos los días de su vida. Estaba allí abajo en el Manantial Perdido, y podía escuchar perfectamente sus gritos.

Renunció a contar las tiendas porque las había por centenares. Prestó atención a la parte de la izquierda donde ubicó la del jefe. A juzgar por los centinelas que la custodiaban, debía estar celebrándose una reunión.

Mark se encontraba situado entre las rocas de un promontorio.

Rápidamente, llegó a la conclusión de que si aquel ejército se abatía sobre la División del ferrocarril sobrevendría una matanza tan sólo comparable a la del general Custer.

Los obreros no se bastarían para defender el tendido y las fuerzas del capitán Roger Morris serían aplastadas sin ninguna dificultad.

Sonrió pensando en lo que diría Kirk Francis, el prometido de Cherryl, si él estuviese allí observando aquellos preparativos de guerra. Bien, ya conocía las fuerzas de Águila Negra y éste hubiese sido un buen momento para regresar sino le faltase por cumplir una parte del compromiso, la de informarse acerca del momento en que Águila Negra desencadenaría su ofensiva. También le inquietaba otro aspecto del asunto. Había visto muy pocos rifles y ello quería decir que los traficantes no habían entregado su mercancía.

Naturalmente, mientras esto no se produjese, el jefe indio tendría que esperar.

De pronto, sintió un ruido a sus espaldas.

Revolvióse en el suelo, echando mano a la funda, pero en una décima de segundo vio que no podría emplear el arma.

Un indio se abalanzaba sobre él desde escasa distancia, el brazo levantado con un largo cuchillo. Supo enseguida que si empleaba el revólver no eludiría el golpe del acero y que con el estampido solo

lograría atraer a otros enemigos.

Levantó las manos quedándose quieto, y en eso el cuerpo del indígena entró en contacto con el suyo. Vio cómo el cuchillo descendía rápidamente en busca de su pecho.

Su mano se aferró a la muñeca armada frenando bruscamente el esfuerzo de su rival. La punta quedó a escasas pulgadas de su corazón.

Observó los ojos del indio muy cerca de su cara. Ambos jadearon respirando el mismo aire. Los blancos dientes del indio rechinaron. En unos instantes, los dos hombres que luchaban por su vida comenzaron a traspirar sudor.

Mark estaba en una posición desventajosa. El indio era muy fuerte, demasiado.

De pronto, levantó la rodilla incrustándola en el estómago del indígena, el cual dejó escapar un gruñido y se arqueó. Ése fue buen momento para que Mark emplease su otro puño golpeándolo contra el mentón del indio. Este desplomóse hacia atrás y quedó en el suelo completamente privado del conocimiento.

Mark llenó los pulmones de aire y, de pronto, oyó otro ruido a la izquierda.

Sacó el revólver, temiendo que el indio que estaba en el suelo hubiese ido allí acompañado por una cuadrilla, en cuyo caso se abriría paso a golpe de gatillo.

Un poco más abajo, por detrás de las piedras, vio ascender la cara de otro indio. Se dispuso a disparar.

—¡No tires, Hombre Largo!

Mark se contuvo.

El indio se puso en pie, y entonces pudo ver que sus muñecas estaban trabadas. Tuvo la impresión de que su figura le era vagamente familiar.

—¿No te acuerdas de mí, Hombre Largo?

Mark observó su cara. El indio no debía tener más de veintidós o veintitrés años de edad. Sus ojos eran muy negros y debajo de la oreja izquierda mostraba una larga cicatriz que le llegaba hasta la mejilla. De pronto, lo recordó.

—¡Cactos!

Dos años atrás, Mark lo había salvado de perecer en el desierto. Caminaron un par de días juntos y luego se separaron. No se habían

vuelto a ver hasta ahora.

Cactos sonrió acercándose al joven.

—Siempre pensé que algún día encontraría al Hombre Largo.

—¿Qué te ha pasado, Cactos? ¿Por qué estás así?

—Sería mejor que nos marchásemos. Ya te lo contaré en el camino. De un momento a otro descubrirán mi fuga y saldrán en mi persecución.

Mark lo contempló, dubitativo. Finalmente, dijo:

—Está bien, pero si echan a correr detrás de nosotros, va a ser peor que la otra vez.

Cogió el cuchillo del indio, que estaba desvanecido y cortó las ligaduras de Cactos.

Descendieron rápidamente por entre las piedras y Mark montó en su silla, haciéndolo Cactos a sus espaldas.

Se alejaron muy aprisa.

Media hora más tarde, detuviéronse a la sombra de un farallón.

Mark subió a lo alto para ver si los habían seguido, pero en el horizonte no se veía ninguna nube de polvo que indicase la presencia de los indios.

Se reunió otra vez con Cactos.

—Cuéntame la historia —le dijo.

—Yo era el hombre de confianza de Nube Roja.

—Sí, ya me lo dijiste.

—Águila Negra me odiaba y yo sabía que el día que Nube Roja muriese, para mí habría sonado mi última hora. Tú debes saber que ese momento ya ha llegado. Águila Negra quiere hacer la guerra a los hombres blancos. Eso fue lo que pidió a los restantes jefes. Yo interrumpí la asamblea diciendo que Águila Negra conduciría a su pueblo a la ruina. Águila Negra me acusó de ser un cobarde y pidió que yo fuese juzgado. Así lo hicieron y a Águila Negra no le fue difícil conseguir una condena. Me iban a matar esta noche. Me ataron a un poste. Cuando me dejaron solo, mordí con los dientes en el cuero. He trabajado durante muchas horas y al final quedé libre.

Mark sonrió.

—Tienes una buena dentadura.

—¿Qué hace por aquí el Hombre Largo?

Mark se masajeó el mentón.

—¿No te lo imaginas, Cactos?

Le había puesto el apodo de Cactos porque fue gracias al agua contenida en uno de esos vegetales que le pudo salvar la vida.

—Quieres evitar que Águila Negra vaya a la guerra.

—Sí.

El indio movió la cabeza en sentido negativo.

—Eso sería bueno para todos, Hombre Largo, pero creo que no podrás lograr nada.

Nunca podrás convencer a Águila Negra.

—No es mi intención convencer a Águila Negra. Sé que sería un trabajo perdido.

—Entonces, no te comprendo.

Mark sacó la bolsa de tabaco y se puso a liar un cigarrillo.

—Tú vienes del campamento de Águila Negra, Cactos. Vi muchos guerreros, pero la mayoría de ellos no tenían rifles.

Hubo un silencio, y luego Cactos dijo:

—Muy pronto los tendrán.

—Lo supongo, pero si alguien impide que esas armas lleguen a poder de Águila Negra, ¿crees tú que se haría el ataque?

Cactos se echó a reír.

—El Hombre Largo es muy listo.

—¿Qué me puedes decir de todo eso?

—Muy poco. Águila Negra ha llevado ese negocio completamente en secreto. Sólo él sabe el lugar en que se encontrará con los hombres blancos que le entregarán los rifles.

Mark encendió el cigarrillo, y mientras arrojaba el humo, dijo:

—Ponte en el lugar de Águila Negra. ¿Qué sitio elegirías tú?

Cactos se puso a pensar.

—Lo malo es que existen varios lugares. Si dijese uno al azar y te pones a esperar allí, puedes correr el peligro de que la operación se esté ventilando en cualquiera de los otros.

—Cítalos, de todas formas.

—El valle de los Gritos.

—Lo conozco. Está quince millas al Oeste.

—También el Hoyo de los Huesos sería un buen sitio.

—Eso está en dirección contraria y tendría que recorrer veinte millas. ¿Qué más?

—La Roca del Gran Jefe.

—El lugar favorito de Nube Roja. Acostumbraba a ir allí para divisar el horizonte mientras el sol se ocultaba.

—Yo digo que será uno de esos tres lugares, pero también ignoras una cosa, Hombre Largo. La fecha de la entrega.

—Sí, son demasiadas dificultades.

—Ya sabes que Águila Negra atacará. ¿Por qué no te contentas y vas a avisar a los hombres de tu raza?

—Ellos ya saben que Águila Negra quiere la guerra, pero no están preparados para repeler la agresión. Ni tampoco lo estarán en mucho tiempo. Águila Negra barrerá el tendido del ferrocarril. Matará a mucha gente, y eso le servirá para que otras muchas tribus se le unan.

—Pero vuestro ejército es poderoso.

—Sí, Cactos. De eso no hay duda. Aunque Águila Negra cobre ventaja al principio, terminará por sucumbir y la llanura se cubrirá con tus hermanos muertos. Otra vez llegará la paz y los hombres blancos continuarán tendiendo su ferrocarril, pero nadie podrá devolver la vida a los que la hayan perdido.

—Te comprendo, Hombre Largo, y te admiro. Tú quieres que todos vivan. Mis hermanos y los tuyos.

Mark emitió un gruñido por toda respuesta.

—Ya tengo la solución —dijo Cactos—. Iremos a los tres sitios. Águila Negra debe haber dejado centinelas en el que haya elegido para hacer su negocio.

—¿Y si no lo ha hecho?

Cactos encogió los hombros.

—Nada se pierde con probar.

Visitaron los tres lugares, el Valle de los Gritos, el Hoyo de los Huesos y la Roca del Gran Jefe, y en ninguno de ellos encontraron centinelas. Estaba oscureciendo cuando decidieron tomar un descanso en la Roca del Gran Jefe.

Cactos sacudió la cabeza.

—No lo comprendo.

—Quizá Águila Negra haya elegido su propio lugar.

—No sé dónde pueda ser. Siento haberte hecho perder el tiempo, Hombre Largo.

Mark sacó de la alforja de su caballo unos trozos de carne ahumada y pan. Comieron en silencio mientras la oscuridad se

adueñaba de la faz de la tierra.

De pronto, oyeron un ruido y ambos quedaron inmóviles.

Mark gateó rápidamente hacia la parte superior de la escarpadura. Llegado arriba, asomó poco a poco la cabeza. A cosa de un cuarto de milla, vio que avanzaban unos jinetes a los que seguían tres galeras.

Se escondió rápidamente por temor a ser descubierto. Cuando fue a volverse, encontró a Cactos a su lado.

—¿Águila Negra? —preguntó éste.

—No. Es una caravana.

—¿A dónde van por aquí?

—Es lo que me pregunto yo.

El macizo de la Roca del Gran Jefe ocupaba una superficie de unos doscientos metros cuadrados, y Mark dedujo que los viajeros darían la vuelta por el lado oriental, y que, por lo tanto, Cactos y él podían permanecer allí a la espera.

—Saldremos de dudas enseguida —murmuró.

Y se puso a examinar los revólveres.

La cabalgada se hizo ahora más clara. Por fin oyeron el chirrido de las ruedas. Luego, el ruido se fue alejando.

Mark y Cactos tomaron posiciones para vigilar la aparición de los jinetes al norte de donde se encontraban.

Pero el tiempo fue transcurriendo sin que ello se produjese. Poco a poco disminuía la visibilidad.

—Está claro —rompió el silencio Mark—. Se han detenido.

Cactos sonrió.

—Quizá no nos hayamos equivocado, Hombre Largo. Éste va a ser el lugar.

Mark permaneció un rato pensativo.

—Me vas a esperar aquí, Cactos.

—¿Cuál es tu idea?

—Si he de evitar la entrega de las armas, éste es el momento mejor. No puedo esperar a que llegue Águila Negra con sus guerreros.

—Entonces, yo iré contigo.

—No tienes armas y en lugar de una ayuda serías una carga. Ya pensé en ello y es mejor que te quedes. Si observas la llegada de Águila Negra, me pegas un silbido.

Cactos dio la conformidad y Mark se dirigió adonde estaba su caballo. Vació la cantimplora de agua y montó en la silla.

Dio la vuelta al farallón por el lado opuesto al que se encontraban las galeras. De esa forma quería dar la impresión de que él traía el mismo camino que los viajeros.

Observó la hoguera y unas cuantas figuras alrededor.

Estaba ya muy cerca, a unas cincuenta yardas, cuando oyó una voz.

—¡Levanta los brazos, compadre!

Pudo haber sacado el revólver, pero no era ésa su intención y obedeció.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Un hombre emergió entre las piedras y aproximóse.

—No se puede pasar, forastero.

Mark vio su cara de barba poblada, muy negra.

—Vi la hoguera desde lejos y pensé que me podrían dar un poco de agua. Me quedé sin provisión. Agoté la última hace un par de horas.

El barbudo se aproximó al caballo y golpeó con la culata del rifle en la cantimplora, produciendo un sonido hueco.

—Quieres agua, ¿eh? —dijo.

Mark permaneció callado.

De pronto, llegó una voz desde la hoguera.

—¿Qué pasa, Lorigan?

Mark reconoció aquella voz al instante. Era la de Billy Boyd, el compañero de Charly Deems.

El barbudo respondió.

—Aquí hay un tipo que quiere una ración de agua.

—Tráelo acá.

El centinela hizo una señal con la cabeza a Mark para que descendiese del caballo.

El joven así lo hizo y cogió la cantimplora. Luego, ambos se pusieron a andar. Los cuatro hombres que había alrededor del fuego estaban con la cara vuelta y Mark pudo observar bien la cara de Billy Boyd. Dio un suspiro de alivio al no distinguir entre ellos a Charly.

Billy Boyd también lo reconoció al instante y se puso en pie.

—Hola, Mark —saludó.

—¿Cómo te va, Billy?

Hubo un silencio, y luego Billy Boyd comentó:

—Es raro que a ti te falte agua. Charly me dijo que conocías esta región como la palma de tu mano.

—Todos nos descuidamos alguna vez.

Billy Boyd sacudió la cabeza.

—¿A dónde vas, Mark?

—Nunca señalo mi rumbo con antelación. Casi siempre dejo que mi caballo me lleve adonde él quiera.

—Y justamente viniste aquí.

—Fue una verdadera casualidad de la que me alegro.

Billy Boyd se pasó una mano por la tela negra que cubría su cuenca vacía. Luego dejó caer el brazo diciendo:

—Está bien. Eh, tú, Sandy, dale agua.

El llamado Sandy tomó la cantimplora de las manos de Mark y se marchó hacia uno de los carros. Mark preguntó entonces:

—¿Y Charly?

—No está aquí —contestó Billy Boyd.

—Creí que erais socios.

—¿Socios en qué?

—¿No lo recuerdas, Billy? Estabais buscando algo en que invertir vuestros ahorros.

Supongo que esas galeras forman parte de vuestro negocio.

—Es posible.

—Vi las huellas que dejaban las ruedas. Esos carros están muy cargados, quizá demasiado.

Billy clavó su único ojo en el rostro de Lawrence.

—Llevamos maquinaria agrícola…

Mark arrugó el ceño.

—¿Maquinaria agrícola?… Infiernos, en una extensión de cien millas no encontraréis ningún granjero. ¿O es que tomasteis la ruta equivocada?

Billy hizo una mueca.

—Quizá fue eso. Queremos ir al Gila.

—Eso está por el suroeste. Debisteis tirar hacia las montañas de Quintanilla.

—Vaya —dijo Billy—. ¿Lo oís, chicos? Hemos perdido un tiempo precioso.

—Tiene fácil arreglo —contestó uno de los hombres que estaban en cuclillas, al lado del fuego—. Mañana al amanecer nos desviamos y quedará arreglado.

—Sí —repuso Billy—. Es lo que tendremos que hacer —sonrió a Lawrence—. Caramba, debemos darte las gracias por haber venido.

—No hay por qué darlas. Es mi pago a la ración de agua.

Sandy llegó con la cantimplora y se la entregó a Mark.

—Sólo te la llené hasta la mitad —anunció—. Somos muchos y debemos arreglarnos todos.

—Es bastante —dijo Mark y luego quedóse mirando otra vez a Billy—. Bien, amigos, os deseo un buen viaje hasta el Gila.

Montó en el caballo, se volvió todavía para hacer un saludo con la mano e inmediatamente partió al galope en dirección Sur.

Tres millas más allá, se detuvo escuchando. Nadie le había seguido. Se encontraba en una hondonada y puso pie en tierra. Esperó otro rato y finalmente palmeó al caballo en el flanco.

—Has de quedarte aquí.

Echó a andar silenciosamente. Veía la hoguera a lo lejos y eso era una buena señal para ir derecho adonde quería.

Cuando se encontraba a una peligrosa distancia de la galera, se tendió en el suelo y arrastróse sobre el estómago y los codos.

De pronto se detuvo al ver que a la retaguardia de la tercera galera había un centinela.

La fogata estaba a la izquierda, delante del primer carro. En el segundo había una zona de oscuridad. Eligió ésta como objetivo y siguió su camino despacio, muy despacio. Su diestra se apretaba sobre la culata del revólver.

Llegó al fin junto a las ruedas. En ese momento el centinela estaba a unas quince yardas delante de él. Pudo apreciar ahora claramente que cerca de la hoguera había dos hombres tendidos en tierra, como si durmiesen. Los demás tipos debían estar prestando guardia distribuidos por el farallón. Pensó en Cactos pero se dijo que el indio se las arreglaría bien para permanecer ignorado.

Empezó a levantarse y tuvo que guardar la pistola para izarse a lo alto de la galera.

Separó la lona y colóse en el interior. Ante sí vio un gran número de cajones, unos sobre otros. Las tapas estaban bien clavadas. Sobre la madera no se veía ningún nombre.

Sacó su cuchillo de monte y dedicóse a la labor de abrir una de las tapas.

Tuvo que extremar su cuidado porque su crujido sonaría en aquel silencio como un disparo.

Logró levantar unas pulgadas la tapa y luego fue tirando hacia arriba. La madera crujió y tuvo que detenerse con la diestra en la funda.

Escuchó pasos y permaneció inmóvil aguantando la respiración. Pero luego los pasos se alejaron otra vez.

Continuó tirando de la tapa y finalmente pudo introducir la mano en el interior del cajón.

Sus dedos entraron en contacto con el cañón de un rifle.

Continuó ascendiendo por si acaso se equivocaba, pero no, allá estaba el gatillo y luego la culata. Era tal como había pensado. Las galeras contenían las armas que debían ser vendidas a Águila Negra y al instante sintió una profunda amargura porque su amigo de otro tiempo, Charly Deems, estaba mezclado en aquel sucio negocio.

Sintió una ráfaga de aire en su nuca y fue a volverse, pero en ese instante un objeto duro se clavó en su espina dorsal.

—¡Quieto, muchacho!

Permaneció inmóvil soltando una maldición para sus adentros.

El tipo que lo había sorprendido emitió una risita.

—Te has pasado de listo, compañero… Anda, baja, Billy va a disfrutar mucho contigo.

Se volvió al tiempo que el fulano se retiraba.

Dispúsose a saltar al suelo sin mirar al tipo que tenía enfrente para confiarlo. Puso los pies en tierra, pero seguidamente se arrojó sobre el centinela. Logró tomarlo por la muñeca armada justamente cuando el revólver se disparaba. Ambos cayeron en el suelo y Mark logró conectarle un terrible puñetazo en el pómulo.

Los hombres que estaban junto a las galeras despertaron sobresaltados y luego oyó a lo lejos ruido de carreras.

Giró rápidamente con el «Colt» en la diestra. Uno de los tipos que había junto al fuego disparó el rifle. La bala golpeó con terrible violencia contra el hombro de Mark arrojándolo hacia atrás, pero no por ello abandonó su revólver. Tendióse en tierra con la cara vuelta hacia los compañeros de Billy, apretó el gatillo y el fulano que lo había herido se llevó las manos a la cara porque una bala le

acababa de entrar por la boca.

Corrió el revólver para dar cuenta del otro tipo, pero en eso dispararon tres veces desde la ladera del farallón y las balas mordieron el polvo cada vez más cerca de donde se encontraba y tuvo que dar una vuelta sobre sí mismo para evitar que lo alcanzasen de nuevo.

El centinela que estaba en el suelo trataba de recuperar el sentido moviendo de un lado a otro la cabeza.

Mark acudió a su lado, le quitó el revólver que le quedaba en el cinturón y lanzólo por encima de su cabeza, muy lejos.

De pronto empezó a sentir un gran dolor. Contemplóse el hombro y descubrió que tenía un agujero por dónde empezaba a salir la sangre muy aprisa.

—¡Eh, Mark! —Oyó que le gritaba Billy—. ¡Ríndete!

Dio su respuesta enviando una bala.

Billy soltó una obscenidad y se puso a disparar otra vez el rifle.

Mark cambió otra vez de lugar retirándose hacia el tercer carro.

De pronto oyó un grito y al volverse vio al hombre que estaba en el suelo que se ponía de rodillas tocándose el costado.

Bramó un rifle y el tipo se estremeció al ser picoteada su carne por otro plomo.

—¡Te confundiste, Billy! —gritó—. ¡Maldito seas! —Y luego ya no dijo más porque se desplomó hacia delante sin vida.

Mark se detuvo junto a una rueda, sacó rápidamente el pañuelo y se lo puso por debajo de la camisa, sobre la herida.

Sintió que sus fuerzas disminuían.

Oyó otra vez la voz de Billy.

—¡Eh, Sandy…! ¡Vete por el otro lado!… ¡Lo tenemos a nuestro alcance! ¡No podrá escapar…! ¡Tú, Luke, quédate ahí! ¡Procurad que no os vea! ¡El, sólo tiene dos revólveres y nosotros rifles que disparan obuses…! ¡Lo freiremos como a un ternero!

Mark se mordió el labio inferior rabiosamente. Si no hubiese sido herido, él le habría enseñado a Billy Boyd lo que un hombre podía hacer con un revólver, aunque estuviese enfrentado con tipos que disparaban rifles de repetición.

Esperó un rato en silencio. La herida cada vez le dolía más y lo peor de todo era que se encontraba ligeramente mareado. Debía ser por la pérdida de sangre. Ya le había ocurrido otra vez. Fue ocho

años atrás, cuando sostuvo un duelo con un forajido que intentó robarle el caballo. Los dos dispararon a un tiempo. El mató al ladrón, pero éste lo consiguió herir en un muslo. Pasó dos días en el desierto y, a pesar de que trató de contener la hemorragia, había perdido mucha sangre cuando logró llegar a un lugar civilizado.

Ahora el agujero lo tenía en peor sitio, estaba cerca del pecho. No podía esperar allí más tiempo. Tenía que largarse cuanto antes si quería seguir viviendo. Necesitaba auxilio médico.

Sacó los fósforos, encendió uno de ellos y aplicó la llama a la zona de la galera. Ésta empezó a arder rápidamente porque estaba reseca.

Sonó un estampido y la bala le rozó el cabello.

Dejóse caer en el suelo y gateó por debajo de los carros.

—¡Fuego contra ese maldito! —gritó Billy Boyd—. ¡Está quemando las galeras!

Los rifles empezaron a arrojar plomo ininterrumpidamente.

Mark sintió a su alrededor los silbidos de las balas. Ahora la galera que ardía prestaba una gran iluminación a la escena. Billy Boyd y sus dos compañeros lo cazarían como a un conejo.

Las sienes le latían con violencia y pensó que de un momento a otro, iba a caer rodando en el suelo, privado del conocimiento.

Oyó que alguien corría por la izquierda y se volvió a tiempo de ver al tipo que avanzaba sin dejar de disparar el rifle.

Mark hizo fuego sin apuntar pero hizo blanco y el fulano dio una voltereta en el aire y abatióse sobre el polvo cogiéndose las tripas, aullando.

Mark supo que no podía hacer más.

Retiróse hacia la oscuridad porque allí estaba su salvación. Tropezó una vez y cayó al suelo. Pensó en lo bueno que sería quedarse inmóvil, pero de pronto una imagen cruzó por su mente. Vio a Cherryl O'Neill como si la tuviese delante, con su cabellera de fuego y sus rojos labios entreabiertos y de pronto tuvo la sensación de que él la estaba besando otra vez.

Púsose en pie y ahora avanzó renqueante.

Le llegó la voz de Billy de muy lejos.

—¡Aparta esos carros, muchacho!… ¡Hemos tenido suerte en que no le haya pegado fuego a la pólvora…! ¡Vamos, date prisa!

Por un momento Mark se volvió. Quería acabar lo que había

empezado. Pero nuevamente las fuerzas lo abandonaron. Le sería completamente imposible. Si retrocedía, Billy Boyd o el otro tipo acabarían con él sin ningún esfuerzo y, si no se daba mucha prisa en desaparecer de allí, esto ocurriría inevitablemente. Billy y el otro canalla tenían que ocuparse ahora en salvar su cargamento.

Oyó un ruido y vio que estaba muy cerca de su caballo. Éste fue a su encuentro y Mark lo montó haciendo rechinar los dientes porque ondas de dolor brotaron de su herida y se esparcieron por todo su cuerpo.

Fustigó su cabalgadura y empezó a dar la vuelta al farallón. Vio una figura que le salía al encuentro y luego oyó la voz de Cactos.

—El Hombre Largo se portó como un valiente.

—Anda, sube, Cactos. Me hirieron.

El indio montó de un salto y, seguidamente, emprendieron el camino hacia el Este.

Tres millas más allá, Mark comprendió que nunca llegaría al tendido del ferrocarril.

Tenía la camisa completamente empapada en sangre.

—¿Qué te pasa? —preguntó Cactos.

Mark se sintió invadido por las náuseas. Todo giraba a su alrededor, la noche negra y las estrellas, y de pronto sintió que se sumergía en un vacío. Su cuerpo golpeó contra el suelo y ya no tuvo noción de nada.

CAPÍTULO VI

Mark despertó y encontróse en una cama. Sintió la boca seca, como si en lugar de lengua tuviese un trozo de papel de lija.

Miró asombrado el techo que había arriba. Intentó moverse, pero empezó a sentir algunas punzadas en el pecho. Entonces lo recordó todo. Había sido herido por uno de los contrabandistas de armas.

—¡Eh! ¿No hay nadie aquí…?

Sintió pasos y la puerta se abrió dando paso a Charly Deems.

Entonces pensó que había caído en manos de la banda. No había valido de nada su esfuerzo.

Los intestinos se le anudaron viendo la sonrisa que mostraba el rostro de Charly.

—¡Dame una pistola, Charly!

—¿Para qué la quieres, Mark? —preguntó el viejo aventurero.

—Prometo que tendrás bastante con una bala.

Charly dejó de sonreír deteniéndose junto a la cabecera. Luego meneó la cabeza.

—Otra vez estás con la fiebre.

—¡Cínico…! ¡Traidor!

Charly parpadeó confuso.

—Oye, ¿qué forma de despertar es ésa? Me he pasado dos días a tu lado y ahora resulta que soy un cínico y un traidor.

—Déjate de historias, Charly. Anda, dile a Billy Boyd que entre. Quiero veros a los dos juntos. Formáis una gran pareja.

—Serénate, Mark. Billy Boyd no está aquí. Salió de viaje y no regresará hasta dentro de unos cuantos días.

Ahora Mark se quedó callado mirando fijamente a Charly.

—¿Dónde estoy, Charly?

—En el campamento de la Segunda División. Donde tú y yo nos encontramos.

Mark cerró los ojos dejando caer la cabeza sobre la almohada.

En esa posición oyó otra vez la voz de Charly.

—Me has hecho pasar un gran susto, muchacho. Creí que habías llegado al final. Ya puedes darle las gracias a ese doctor Davis.

Mark abrió otra vez los párpados.

—¿Dónde está Cactos?

—¿Quién?

—Cactos, el indio que vino conmigo.

Charles sacó un pañuelo y lo pasó por la frente del joven.

—Duerme otra vez, muchacho. Todavía tienes un poco de fiebre y es lo que te hace soñar con esos condenados indios.

Mark se quitó el pañuelo de un manotazo.

—Me encuentro perfectamente, Charly. Así que Cactos no está aquí. ¿Quién me encontró, Charles?

—Una de las chicas de papá Joe había salido con un fulano a tomar el aire. Fueron ellos quienes te descubrieron. Tú avanzabas acostado sobre el cuello del caballo.

Mark, pensó, rápidamente que, tal como habían sucedido las cosas, en el campamento se ignoraba de qué forma él había sido herido y lo que había hecho para evitar que las armas cayesen en manos de Águila Negra. Preguntóse por qué Cactos se había marchado.

Sólo existía una respuesta. El indio creyó, sin lugar a dudas, que él moriría y que en el campamento encontraría un ambiente hostil.

Levantó la mirada depositándola en el rostro de Charly, sereno.

—Admito que en México te aliases con gentuza como Billy Boyd, pero es inconcebible que lo hayas hecho aquí, contra tus propios compañeros.

—¿De qué estás hablando, Mark? No te comprendo una palabra.

—Eres un asqueroso contrabandista.

Charly bajó la mirada al suelo pasándose la lengua por los labios.

—Te juro que sólo pasé unos encajes… Ya sabes, eso que se ponen las mujeres en las enaguas… Pensé que me sería fácil conquistarlas con mi mercancía.

—Sí —masculló el joven—. Empezaste con los encajes y te gustó tanto que has seguido con las armas.

Charly lo observó haciendo una mueca de perplejidad.

—¿Armas…? Oye, Mark, sólo traje de México mi revólver y un rifle.

Mark supo que su viejo amigo estaba diciendo la verdad. Esto fue muy confortador.

—Está bien, Charly. Te creo —hizo una pausa—. Supongo que le diste tu dinero a Billy Boyd.

—Sí. Dijo que se llegaría a Santa Fe con una expedición de herramientas agrícolas. Me aseguró que ganaríamos un cincuenta por ciento en la operación.

—¿Y por qué no fuiste tú con él?

Charly se frotó la nariz.

—La noche de la partida cogí una borrachera y bueno, Billy se puso muy furioso y no me quiso esperar. Me aseguró que estará aquí dentro de una semana.

—Es la borrachera más oportuna que has cogido en tu vida, Charly.

—¿Cómo?

—Billy Boyd es un sucio canalla. Tu dinero ha servido para comprar armas en lugar de herramientas agrícolas. Sí, Charly. Se trata de rifles de repetición último modelo que Billy Boyd ha ido a entregar a Águila Negra.

—¡No!

—Puedes estar seguro de ello y también de que no volverás a ver a Billy Boyd. Él no regresará aquí. Pensó en el negocio sin contar contigo puesto que tú ignorabas la realidad del asunto. Probablemente decidió llevarte con él para ultimarte en el camino. Él sabía que tú no eras de su calaña y que jamás hubieses consentido en realizar ese contrabando.

Charly se quedó con la boca abierta. Finalmente dejóse caer en la silla que había a sus espaldas.

—¡Testas coronadas…! ¡Me limpió mil trescientos dólares…! ¡Todos mis ahorros! —Su voz se quebró con un gemido—. ¿Lo has oído, Mark…? ¡Ese bastardo me ha dejado en la ruina…! ¡En la más completa ruina!

—Consuélate. Él quería quitarte también la vida.

Charly se pasó furiosamente la mano por el mentón.

—¿Dónde viste a Billy Boyd?

—Muy lejos de aquí. Ya puedes estar seguro de que no estará en

el mismo lugar, porque supongo que llevaré aquí algún tiempo.

—Tres días.

Mark pegó un brinco en la cama y al instante hizo una mueca de dolor tocándose el hombro herido.

—Infiernos, Charly. ¿Qué sabes de Águila Negra?

—Todo sigue tranquilo. Ese indio debe haber pensado que le trae más a cuenta estarse quieto.

Mark hizo un gesto negativo.

—No, Charly, no es eso. Casualmente yo le estropeé la mitad de las armas que le llevaba Billy Boyd, y me imagino que Águila Negra ha demorado el ataque porque quiere tener a sus guerreros bien pertrechos.

—¿Cómo fue tu encuentro con Billy Boyd?

A continuación, el joven hizo un relato de todo lo que le había acontecido desde que abandonó el campamento para cumplir su misión. Charly escuchó atentamente y por último preguntó:

—¿Qué perspectiva le ves al asunto?

—Águila Negra esperará nuevas armas.

—Quieres decir que hemos de oponernos a que las reciba.

—Si lo lográsemos habríamos ganado mucho.

Charly se pasó el dedo índice por debajo de la nariz.

—Cuenta conmigo, muchacho. He de dar con ese Billy Boyd, aunque tenga que ir al infierno en su busca.

—Anda, Charly, dame la ropa.

—Oh, no, muchacho. Eso sí que no lo puedo hacer. Con otro par de días que te tires en la cama quizá estés para montar en la silla, pero ahora has de estar quieto.

—Si dejamos pasar dos días será demasiado tarde. Trae la ropa te digo.

Charly compuso una mueca de apuro.

—Me harán responsable de tu muerte, Mark.

—No te pongas dramático. Tú sabes que yo soy un tipo de aguante.

—Tenías que mirarte en el espejo. Estás tan blanco como un cadáver. Y no se trata solamente del doctor. Está también esa muchacha.

—¿Qué muchacha?

—La hija de O'Neill.

—¿Cherryl?

—Sí, ése es su nombre. Se ha turnado conmigo de noche para velarte.

Mark sintió un cosquilleó en el estómago. Humedecióse los resecos labios.

—¿Ella ha hecho eso?

—Sí, Mark. Y la sorprendí mirándote un par de veces. Que me emplumen si esa fulana no está enamorada de ti.

—Parece que en México no aprendiste buenas maneras. Y por si te sirve de algo, has de saber que Cherryl O'Neill está comprometida.

—Eso ya lo sé también. Anoche, mientras ella estaba aquí, apareció ese rubio. No le gustó que su novia estuviese contigo. Discutieron un buen rato y finalmente el tipo la convenció para que se marchase con él.

—Está bien, Charly. Dame mis pantalones y todo lo demás.

Charly vaciló todavía unos instantes, pero por últimos entregó a Mark las prendas que solicitaba.

Mark se vistió y calzó lentamente porque su herida le impedía la absoluta libertad de movimientos.

De pronto golpearon a la puerta y los dos amigos se miraron.

Una voz dijo:

—¿Puedo pasar, Charly?

Era Cherryl O'Neill.

Mark hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se metió en la cama, cubriéndose con el embozo hasta la barbilla.

Charly se puso en pie y abrió la puerta.

Mark cerró rápidamente los ojos. Oyó los pasos de Cherryl y más tarde la joven, preguntó:

—¿Cómo se encuentra, Charly?

El viejo buscador de oro carraspeó comprometidamente.

—Yo diría que mejor, señorita O'Neill.

—Pobre Mark… Perdió mucha sangre. El doctor dice que tardará un mes en recuperarse.

—Yo creo que el doctor Davis se equivoca. Este muchacho es fuerte como un roble.

Apuesto a que antes de una hora… quiero decir antes de una semana logra montar a caballo.

Mark tenía demasiada ropa encima y empezó a sudar como un condenado.

—¿No lo ve, Charly? —dijo la joven—. Le debe estar subiendo la fiebre. Está completamente empapado.

—Es el calor.

—Oh, no. Quizá está otra vez peor. Ande, Charly, vaya a llamar al doctor. Yo, mientras tanto, le cambiaré la sábana.

La joven se volvió hacia el viejo y Mark, que estaba con los párpados entornados, aprovechó la oportunidad, para hacer un gesto negativo con la cabeza. Charly lo comprendió enseguida.

—Oh, no, señorita O'Neill. La sábana está limpia. No hace falta que le cambie.

—Es cuenta mía, Charly —contestó la joven—. Ande, vaya por el médico.

Charly hizo una mueca compungida, pero finalmente salió de la habitación, a pesar de que su amigo le estaba haciendo gestos para que se quedase. Mark tuvo que cerrar los ojos al ver que Cherryl se volvía de nuevo hacia él.

La puerta se cerró tras Charly.

Mark esperó sintiendo que el corazón le golpeaba muy fuerte dentro del pecho. De pronto ella depositó la mano sobre su frente y estuvo dispuesto a jurar que lo estaba acariciando.

—Mark… —la oyó decir.

Sintió deseos de saltar de la cama y estrecharla entre sus brazos, pero se contuvo. Oyó un crujido de ropa y abrió un ojo viendo que la joven tenía una sábana en la mano, la que se disponía a cambiar. Soltó un gemido para sus adentros pidiéndole al cielo que llegase el doctor.

Naturalmente la joven estaba convencida de que él se cubría con su camisón largo, el cual justamente había arrojado debajo de la cama antes de vestirse.

Cherryl tiró de la colcha, pero, al ir a hacer lo mismo con la sábana, Mark sostuvo el extremo con todas sus fuerzas. Ella lo intentó otra vez, pero Mark tampoco cedió.

Finalmente Cherryl se dirigió a la cabecera y observó las manos de él sujetando fuertemente la sábana. Se la quitó de entre los dedos y él no tuvo más remedio que dejarla hacer. Luego ella tiró hacia abajo, y Mark quedó totalmente descubierto.

—Oh —exclamó la joven.

Mark abrió los ojos.

—No se altere, señorita O'Neill.

—¿Qué es lo que ha hecho usted, Mark?

—Me encontraba muy incómodo tendido en esta cama —respondió él y quedó sentado en el borde del lecho.

—¿Por qué ha llevado la comedia adelante? —exclamó ella, el pecho alterado—. Usted me escuchó desde el principio.

—No sabía que iba a cambiar la sábana, Cherryl.

—Usted pensaba marcharse.

—Lo sigo pensando.

—¿Es que se ha vuelto loco? Fue una herida muy grave, lo dijo el doctor.

—Los médicos siempre exageran para estar a cubierto de cualquier contingencia.

—Pero ¿qué es lo que quiere hacer?

—Tengo una cuenta pendiente con alguien y quiero quedar a la par.

—Tendrá que demorarlo. Usted no se puede tener siquiera en pie.

Él se enderezó y dio un paso hacia ella.

—¿Ve cómo se equivoca, Cherryl? —le sonrió.

Se detuvo muy cerca de la joven y ella fue a retroceder un paso, pero él alargó un brazo y la cogió por la muñeca.

—Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho, Cherryl.

—No tuvo importancia.

—Se ha expuesto a reñir con su prometido.

—Ya. Le ha estado hablando Charly.

—Sí, y me dijo que a Kirk no le gustó que usted me visitase.

—Es lógico. Cualquier hombre en su lugar se comportaría del mismo modo. Al fin y al cabo, Kirk va a ser mi esposo.

—Se nota que está muy enamorada de él.

Ella inspiró profundamente.

—Desde luego.

—Me di perfecta cuenta el otro día cuando la besé. Usted respondió como si yo fuese un pedazo de mármol.

—Eso es lo que usted era para mí.

—Y si yo la besase ahora, seguiría siendo un pedazo de mármol.

—No hay duda alguna.

Mark había acercado su boca a la de ella y después de decir su última palabra la besó.

CAPÍTULO VII

Cuando se separaron, Cherryl permaneció inmóvil, mirándose ambos a los ojos.

De pronto la puerta se abrió de golpe y entró Charly seguido de un hombre que portaba un maletín.

Cherryl y Mark rompieron su inmovilidad.

—¿Qué hace ahí, chico? —chilló el doctor Davis—. ¡Vuelva a la cama inmediatamente!

Mark respondió sonriendo sin apartar los ojos del bello rostro de la muchacha.

—Nunca me he encontrado mejor, doctor. Se lo juro.

Cherryl coloreó las mejillas y, dando media vuelta, salió con mucha prisa de la habitación.

El doctor Davis puso su maletín sobre la cama.

—Oiga, Lawrence. Tiéndase otra vez en ese lecho. Si no me hace caso, no respondo de las consecuencias.

Mark palmeó la espalda del médico.

—Usted ya hizo su trabajo, doctor. Déjeme que haga el mío. Vamos, Charly.

El doctor hizo una mueca de asombro mientras el joven y su amigo salían de la estancia.

Mark caminó un poco renqueante hacia el pabellón donde vivía O'Neill. Cuando llamó a la puerta del despacho de éste, su voz le autorizó la entrada.

O'Neill estaba en compañía de McCormick y frunció el ceño al ver entrar al joven.

—Creí que se estaba muriendo, señor Lawrence.

—Todavía no me ha llegado la hora.

—Debo decirle que me ha decepcionado profunda mente —dijo el ingeniero.

—¿Por qué, señor O'Neill?

—Lo contraté para que nos lograse ciertos informes y, en lugar de ello, se presentó aquí agonizante.

Mark se sintió invadido por la ira.

—Mi misión fue cumplida, señor O'Neill.

El padre de Cherryl hizo un gesto de perplejidad mientras McCormick sonreía.

Lawrence carraspeó suavemente.

—Águila Negra, dispone de unos tres mil hombres. Hasta ahora no iniciaron su ofensiva porque está falto de rifles. Los traficantes le llevaban un buen pedido, pero tuve suerte de encontrármelos en el camino y les reduje la provisión a la mitad. Por desgracia fui malherido y no tuve tiempo para completar el trabajo. El jefe de los fulanos se llama Billy Boyd.

En la estancia se hizo un profundo silencio. O'Neill tosió un par de veces y finalmente dijo:

—Siento haberme precipitado con usted, señor Lawrence.

—No tiene importancia.

—Ya le habrán dicho que hasta ahora no hemos sido molestados por ese indio.

—Estaba esperando que los traficantes le llevasen las nuevas armas.

—Parece que está usted muy seguro.

—Lo estoy, señor O'Neill.

El ingeniero hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Por fortuna, las cosas deben estar a punto de arreglarse.

—¿Sí? —inquirió Mark frunciendo el ceño.

—El capitán Roger Morris salió ayer de aquí al mando de su compañía. Tenía intenciones de dirigirse al encuentro de Águila Negra para convencerle de que debe mantenerse en paz con nosotros.

Mark tuvo la impresión de que le arañaban el estómago con un rallador de pan.

—Lo siento por el capitán Morris y sus soldados.

—¿Qué quiere dar a entender, señor Lawrence?

—Me temo lo peor, que la compañía del capitán Morris no regrese nunca a este campamento.

—Creo que usted exagera, señor Lawrence.

—No pensó usted lo mismo la otra noche, señor O'Neill. ¿Por

qué ha cambiado de opinión?

—Lo comprenderá enseguida. Yo tampoco había estado nunca en esta región, pero el prometido de mi hija es propietario de unos terrenos muy próximos al lugar por dónde estamos tendiendo el ferrocarril. Kirk dijo que Águila Negra sólo ha utilizado una estratagema para imponerse a los demás jefes de las tribus. Ahora es él el jefe de su pueblo y ha de hacer todo lo posible para que se olviden de Nube Roja. Todas las maniobras de ese indio se pueden considerar como un simulacro de amenaza. Ahora llegará a un acuerdo fácilmente con el capitán Morris y explicará a sus hermanos de raza que los hombres blancos le han hecho importantes concesiones.

Tras la larga declaración de O'Neill, sobrevino otra pausa, que fue interrumpida finalmente por Mark.

—¿Y todo esto se lo ha contado el señor Francis?

—Sí.

—Me gustaría que él acertase, señor O'Neill.

—No se preocupe, Kirk acertará —O'Neill sonrió—. En vista de ello, como puede suponer, usted queda relevado de la misión que le fue confiada.

—Comprendo, señor O'Neill.

—Naturalmente, usted recibirá los quinientos dólares que le prometí.

—No quiero el dinero —repuso Mark.

—¿Por qué no? —arrugó el entrecejo el padre de Cherryl—. Usted cumplió.

—Todavía no he terminado mi trabajo.

El rostro del ingeniero quedó muy serio.

—No me gustaría que usted llevase las cosas adelante, señor Lawrence. Le acabo de decir que usted queda descargado de la responsabilidad que contrajo conmigo. Espero que comprenda la nueva situación. Ahora es el capitán Morris quién lleva la dirección del asunto y no debe ser interferido por nadie.

Mark sintió que la sangre ardía en sus venas.

—Sí, señor O'Neill —dijo—. No se preocupe. Me estaré quieto.

Mark dio media vuelta y salió de la estancia echando a andar hacia el pabellón en donde había pasado aquellos días.

El viejo Charly se le unió poniéndose a su lado.

—Parece que hayas peleado con tu suegra… ¿O debo decir suegro?

—Muy gracioso.

—No te quise decir lo del capitán Morris, ni lo que esta gente pensaba porque mis palabras no hubiesen servido para retenerte en la cama.

—Ha sido un bonito experimento. Gracias.

Llegaron otra vez al dormitorio. Mark se tendió vestido en el lecho y Charly ocupó la silla. Ambos guardaron silencio. Al cabo de un rato se abrió la puerta y entró McCormick en la habitación.

—No se admiten coronas —dijo Mark.

McCormick sacó un cigarrillo de una petaca y lo encendió apoyándose en la pared.

Mientras arrojaba una nube de humo, dijo:

—Yo estoy contigo, Mark.

—Es un gran consuelo.

—O'Neill se dejó convencer por su futuro yerno.

—Lo siento por O'Neill.

—¿Qué se puede hacer?

—Nada. Además estoy herido y muy grave. ¿No oísteis al doctor?

—De acuerdo, Mark —dijo el capataz de la sección tres—. Me he equivocado. Pensé que tratarías de evitar la catástrofe. Después de todo, tienes razón —echó a andar hacia la puerta—. No estás obligado a hacer más de lo que te piden.

Mark emitió un gruñido mientras el capataz salía fuera.

Otra vez los dos amigos quedaron sumidos en un silencio.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —murmuró Charly transcurridos unos minutos.

—¿El qué?

—Emborracharme.

—¿Qué vas a lograr con ello?

—Olvidar por unas cuantas horas que ese hijo de perra se me llevó mil trescientos dólares que ahorré con tanto sudor. Infiernos, Mark, tú no lo sabes, pero allá en México estuvieron a punto de darme chicharrón en tres ocasiones.

El viejo salió de la habitación y Mark quedó a solas. Poco a poco se fue ocultando el sol.

Ya era de noche cuando regresó Charly y abrió la puerta dando un traspié.

—Miren quién está ahí… —exclamó—. Si es mi viejo amigo Mark… el tipo que todo lo sabe… Un fulano que les da ciento y raya a todos con el revólver.

—Cierra el pico, Charly —rezongó Mark.

El viejo soltó una risita.

—Te molesta, ¿eh, Mark…? Entonces, escúchame hasta el final.

Charly soltó un hipido y señaló hacia una ventana.

—Ellos están equivocados… O'Neill, Francis y ese capitán Morris, No saben en el lío que se encuentran metidos… Pero tú lo sabes porque eres un hijo del desierto y conoces a los indios desde que te dejaste caer por estos andurriales.

—Estás borracho, Charly.

—Claro que lo estoy, ¿no te lo avisé…? Puedes pincharme la barriga con un alfiler y seguro que suelto un chorro de *whisky* —Charly lanzó una risotada—. Tú eres el único hombre que podría arreglar las cosas… Yo te habría disculpado con sólo que dijeses que tu herida te molesta, que tuviste una gran hemorragia… pero ésa no es la razón, Mark.

Eres un tipo de coraje, siempre lo fuiste… te levantaste de la cama porque estabas dispuesto a liquidar el asunto a tu manera… Ni siquiera te detuvo lo que te dijo O'Neill…

Es ella la que te retiene aquí.

Mark se apoyó en los codos para levantarse. Sus ojos llenos de brillo observaron el rostro de su amigo.

—No la mezcles en esto.

—¿Por qué, Mark…? ¿O es qué no tengo razón…? Ella te ha sorbido el seso, y tú no puedes soportar la idea de que se va a casar con otro… En el fondo te has alegrado de que O'Neill te prohíba que te interfieras en el asunto.

Mark se puso en pie y echó a andar hacia la puerta por dónde salió sin decir una palabra.

Fuera ya era de noche. Comenzó a pasear. Charly no tenía razón. Cherryl O'Neill no era la persona que lo había retenido allí, ¿o sería ello posible y todavía no se había dado cuenta?

De pronto oyó unas voces en la oscuridad, a espaldas del pabellón de O'Neill. Identificó a quienes hablaban. Eran Cherryl y

Francis.

Fue a dar la vuelta para retirarse, pero en eso oyó a Francis referirse a él.

—Me han contado lo que pasó entre tu padre y ese falso héroe de Lawrence.

—No hables así de él, Kirk.

—¿De qué otra forma quieres que lo haga? Resulta un tipo la mar de gracioso. Se fue a matar indios y regresó medio muerto.

—Realizó un importante trabajo, Kirk.

—¿Te refieres a lo de las armas? —Kirk soltó una risita—. Es lo que él ha contado, pero yo te digo que no dijo la verdad.

—¿Cómo puedes asegurar eso?

—¿Es que no te das cuenta, querida? Es la palabra de Lawrence contra la de nadie. Ha colocado la historia que le ha dado la gana. Tenía que justificar de algún modo su aventura. Yo sé lo que realmente pasó. Se encontró con una pandilla de esos zarrapastrosos indios y Lawrence no pudo con ellos.

—Se las tuvo que ver con unos traficantes de armas, Kirk.

—Eres muy ingenua, nena.

—No me gusta esa forma de ser tuya.

—Bien —rió Francis—. Hay una forma de que todo quede resuelto entre nosotros. Te besaré y las cosas empezarán a ir mejor.

Mark dio la vuelta a la esquina cuando Kirk la estaba enlazando para besarla.

—Buenas noches, señorita O'Neill —dijo.

La joven se desasió del brazo de su prometido y éste volvió rápidamente la cabeza.

—Caramba —dijo riendo—. Si es nuestro caza indios.

—Usted habla demasiado, Francis.

Hubo unos segundos de suspenso y luego el rubio dijo:

—¿Se dedica a espiar a su alrededor, Lawrence?

Mark apretó los labios con fuerza.

—Escuché su conversación casualmente.

—Dé gracias a Dios que está usted herido. De lo contrario, le daría ahora un escarmiento.

—Venga acá —dijo Mark—. Todavía tengo un brazo sano.

Kirk fue a abalanzarse sobre Mark, pero la joven se interpuso entre ambos.

—Parecen dos chiquillos.

Kirk miró a los ojos de Lawrence.

—Quiero que se meta algo en la cabeza, amigo. A partir de ahora, usted va a ignorar la existencia de Cherryl.

—No, Francis. Eso es algo que no puedo hacer —Mark hizo una pausa—. Yo también quiero a Cherryl.

Los ojos de Francis refulgieron como ascuas mientras Cherryl volvía la cara hacia Mark haciendo un gesto de perplejidad.

—Apártate, querida —dijo Kirk alejándola con una mano.

—¡No, Kirk! —gritó la muchacha.

Pero ya Francis se había lanzado sobre Lawrence disparándole el puño a la cara.

Mark estaba prevenido y saltó a un lado, y cuando Francis, llevado por su impulso, pasó por su lado le pegó con el dorso de la mano en la cara enderezándolo y luego, sin tomarse descanso, le incrustó el mismo puño en el estómago. El rubio se arqueó y, en esa posición, Mark lo cazó otra vez junto a la oreja.

El prometido de Cherryl se desplomó de bruces en el suelo donde quedó exánime, absolutamente vencido.

—Oh, es horrible, Mark —exclamó la joven.

Mark, la respiración jadeante, observó a la muchacha.

—No era mi intención pelear con él.

—Pero eso que le dijiste fue la gota que hizo rebosar el vaso.

—Sólo quise decir la verdad y ésta era la mejor manera.

—Entonces tú… —Cherryl se interrumpió.

—Sí, Cherryl. Te quiero. Y te advierto que nunca antes de ahora le he dicho eso a una mujer.

Cherryl lo miró unos instantes en silencio y de pronto echó a correr conteniendo un sollozo.

—¡Cherryl! —La llamó Mark.

Pero la joven no se detuvo en su camino.

Mark observó unos instantes a Francis el cual empezaba a dar señales de recobrar el conocimiento.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el pabellón donde se ubicaba el cuarto que le habían destinado.

Se encontró con McCormick que salía por la puerta.

—Vine a despedirme —dijo el capataz—. Vuelvo a la sección tres.

—¿Quiere llevarme allá, McCormick?
McCormick lo miró a los ojos y sonrió.
—¿Quién dice que no?
—En un instante voy por mi caballo.
Mark echó a andar, pero de pronto McCormick dijo:
—No hace falta, Mark. El caballo está ya en el vagón.
Lawrence quedó en suspenso un instante mirando el rostro del capataz y finalmente se echó a reír.
Poco después los dos hombres volvían a hacer el viaje juntos hacia la sección tres.

CAPÍTULO VIII

Harry Steen se había enderezado después de dejar caer el martillo sobre la traviesa y entonces lo vio aparecer en lo alto del promontorio.

—¡Eh, chicos! ¡Mirad allá!

Todos los hombres que había a su alrededor detuvieron el trabajo.

—Es un soldado —dijo Fisk—. Y que me emplumen si no se está muriendo a chorros.

—¡Vamos allá, chicos! —dijo alguien.

Media docena de obreros corrieron al encuentro del jinete. Cuando estaban todavía lejos vieron la sangre roja que manchaba su casaca.

Harry fue el primero en llegar y el soldado lo miró con ojos vidriosos y de pronto se desplomó de la silla. Harry tuvo que andarse listo para sostenerlo con sus brazos.

—¡Vamos chicos! —dijo muy aprisa—. ¡Hemos de llevarlo a la tienda del doctor Davis!

¡Aprisa! Yo subiré al caballo.

Primero montó él y luego sus compañeros pusieron al soldado de través sobre la grupa.

Harry fustigó la montura y ésta partió al galope.

Se estaba aproximando a la tienda cuando ya en la puerta se hallaban el doctor Davis, Mark Lawrence y McCormick. El herido fue transportado a una cama.

El doctor Davis ordenó que el soldado fuera desnudado y seguidamente se puso a examinar las heridas.

—No es nada grave —anunció—. Lo único que le pasa es que ha sido víctima de una insolación.

—¿Puede volverlo en sí, doctor? —preguntó Mark.

—Sí, creo que sí —gruñó Davis y pasó por debajo de la nariz del

soldado un frasco de sales.

El soldado recuperó el sentido pegando un manotazo en el aire.

Mark se aproximó a la cabecera.

—¿Cuál es tu nombre?

—Jack Martín.

—Muy bien, Martín. Nos va a contar lo ocurrido.

El soldado se humedeció los labios con la lengua mientras observaba las caras de los hombres que tenía a su alrededor.

—Nos tendieron una trampa. El capitán Morris quería parlamentar con Águila Negra.

Avanzó hacia nosotros un indio llevando un pañuelo blanco al extremo de su lanza y dijo al capitán que debíamos acompañarlo. Águila Negra nos estaba esperando… ¡El muy bastardo!

El soldado hizo una pausa mientras se pasaba la mano por la cara.

—Nuestro guía nos metió en una hondonada y luego salió corriendo. Todos nos imaginamos lo que iba a pasar, pero ellos estaban preparados y brotaron indios de todas partes. En mi vida he visto mayor número de ellos. Rápidamente nos dispusimos a la defensa, pero hubiésemos necesitado ser cinco veces los que éramos para mantenerlos a raya. Caían como chinches, pero detrás de una oleada venía otra. Disparaban rifles, flechas y lanzas, todo a una. Nuestro grupo empezó a disminuir. El capitán Morris se dio cuenta de que estábamos perdidos y consideró que, al menos, uno de nosotros debía llegar aquí.

El soldado se interrumpió de nuevo mientras sacudía la cabeza de un lado a otro.

—Me señaló a mí. Juro que me hubiese quedado —hizo una mueca—. ¿Ustedes me creen, verdad?… Les juro que quise quedarme… Pero el capitán me lo ordenó. Me dijo que mi misión era tan importante como si continuase peleando contra los indios… Monté en el caballo y me puse en camino. Sólo pude salvarme porque el capitán Morris ordenó que me cubriesen y lo hicieron muy bien, aunque me alcanzaron un par de veces.

En la estancia se hizo un profundo silencio que rompió el doctor Davis.

—Bien, McCormick. Será mejor que ordene la evacuación. Antes de una hora podremos estar en el campamento de la segunda

división. Ahora no tenemos ninguna fuerza del Ejército que nos ampare y esos indios no tardarán en dejarse caer por aquí.

McCormick hizo un movimiento afirmativo.

—Ahora mismo prepararé la evacuación —dijo McCormick disponiéndose a salir.

—Espere, McCormick —dijo Mark.

—¿Qué quieres?

—Estoy pensando en el relato del soldado Martín.

—Todos lo escucharon —dijo el doctor—. Y supongo que está fuera de toda duda que a estas horas el capitán Morris y sus compañeros están muertos.

—Sí, doctor. Eso es seguro —asintió Mark—. Yo me refería a otra cosa.

Todos miraron al joven con expectación. Mark prosiguió:

—Águila Negra está falto de rifles. Todavía no ha conseguido los pertrechos que él considera necesarios para lanzarse al ataque. El soldado ha dicho que fueron atacados por indios que manejaban rifles, lanzas y arcos.

—Sí —dijo el soldado.

—¿Qué era lo que predominaba, Martín?

El único superviviente de la masacre permaneció pensativo unos momentos y luego respondió:

—Mitad y mitad.

Mark meneó la cabeza.

—Si por ejemplo os atacaron quinientos, doscientos cincuenta portaban rifles y los otros arcos y lanzas.

—Eso es.

Mark dio unos pasos por la estancia y entonces el doctor dijo:

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, McCormick.

El capataz ni siquiera lo miró.

—¿Qué se te ocurre, Mark?

—Creo que debemos intentarlo, McCormick. Si logramos que esos rifles no lleguen a manos de Águila Negra puede salvarse el tendido y muchos podrán seguir viviendo.

El doctor hizo chasquear la lengua.

—No he oído en mi vida mayor tontería.

El capataz frunció el entrecejo.

—¿Por qué piensa que es una tontería, doctor?

—Si el capitán Morris no pudo hacer nada, ¿qué va a lograr este muchacho?

Mark se pellizcó el mentón.

—Yo no puedo ir solo. Ustedes saben que estoy herido y es posible que tengamos que ventilar una dura batalla —se volvió hacia el capataz—. Necesito un grupo de voluntarios.

El doctor Davis se echó a reír.

—Un grupo de voluntarios —repitió agregando—: ¿Qué clase de guerra se cree que es ésta? Ya ha oído al soldado Martín. La compañía fue atacada por centenares de indios y usted pide ahora que lo sigan unos cuantos hombres. ¿Cuántos, señor Lawrence? ¿Tendrá bastante con tres o necesitará cinco?

Mark apretó los labios.

—Me conformaré con los que estén dispuestos a venir.

—No creo que haya aquí ningún suicida.

McCormick fijó los ojos en el rostro de Davis.

—Siempre estuve orgulloso de la sección tres, doctor. Logré reunir en los últimos dos años a los hombres más duros que han trabajado en el ferrocarril. Y si ahora entre ellos no sale una docena de hombres dispuestos a jugarse la piel, es que empecé hace algún tiempo a chochear —guardó un silencio y agregó con decisión—: Vamos, Mark.

Salieron fuera y quedáronse mirando hacia los obreros que trabajaban a lo lejos en el tendido como si no hubiese ocurrido nada.

—Míralos —dijo McCormick con tono orgulloso—. Llegó ese soldado herido y ya están otra vez pegándole al martillo.

Se fueron acercando y los hombres poco a poco dejaron de trabajar porque veían algo extraño en los rostros de los dos hombres.

Spencer Lodge, el muchacho que había sido plantado por la mujer con quien se iba a casar, fue el último en apartar las manos del martillo.

McCormick dijo por la comisura de la boca:

—¿Les hablas tú, Mark?

—Muy bien. Lo haré yo.

Dejó correr unos segundos observando los rostros de bronce llenos de sudor y polvo.

—El capitán Roger Morris y su compañía han sucumbido. Eso es lo que nos acaba de decir el soldado que llegó hace un rato. Cabe esperar que en un breve plazo Águila Negra atacará el tendido del ferrocarril. Puedo aseguraros que no lo hará con unas cuantas docenas de hombres. Serán miles los que vengan con él. En tales circunstancias no sería posible establecer aquí una resistencia. Y por tanto solo queda la evacuación.

Hizo una pausa y vio músculos tirantes, ojos entrecerrados, gestos de rabia impotente y muchos de ellos miraron hacia el largo camino que habían hecho hasta llegar allí.

Ése era el momento y Mark lo aprovechó.

—A menos que intentemos algo.

Las pupilas cobraron un nuevo brillo. Harry Steen se enjuagó la boca y soltó un salivazo sobre el polvo rojo.

—¿El qué, Lawrence?

—Tengo razones para pensar que Águila Negra no se ha decidido todavía a enseñar su sucio rostro porque no tiene rifles suficientes con los que abastecer a sus hombres.

Contrató con unos bastardos traficantes el aprovisionamiento y días pasados yo, incidentalmente, pude estropearles la mitad del negocio. Muchos rifles quedaron inservibles, pero como es natural, Águila Negra ha pedido otro cargamento que sustituya al que quedó en la ruina. Si nosotros nos atreviésemos a ir en busca de esos traficantes podríamos hacer mucho por el tendido y por nosotros mismos. No quiero ser optimista.

Habremos de tener mucha suerte, y es muy posible que ninguno regresemos. Mentiría si dijese otra cosa —hinchó los pulmones—. ¿Quién está dispuesto a venir?

Hubo un silencio y luego Spencer Lodge levantó el brazo.

—Cuente conmigo.

Todos los hombres se quedaron mirando a su compañero y luego los ojos se detuvieron en Harry Steen, el tipo que consideraban como su jefe.

Harry hizo una mueca sintiéndose observado. Se miró la punta de las botas y puso los brazos en jarras manteniéndose en actitud dubitativa. Mark supo que aquel hombre tenía en sus manos la voluntad de los demás y que de él iba a depender todo.

McCormick permanecía callado, pero sus ojos parecían despedir

chispas.

Harry Steen levantó al fin la cara mirando a Lawrence.

—Muy bien. Cuente con nosotros.

—¡Hurra! —gritó Fisk y a su voz contestaron los demás.

McCormick miró a Harry.

—Si hubieses tardado un minuto más en dar tu respuesta, te hubiese partido el espinazo.

—Yo estaba decidido —repuso sonriente Steen—, sólo quise rodear la cosa de un poco de espectacularidad.

Mark cruzó los brazos.

—No podemos ir tantos.

—¿Cómo? —preguntaron a una McCormick y Harry.

—Una docena de hombres pueden hacer mucho más que cincuenta. Sólo se trata de una incursión en terreno enemigo. Una vez hayamos conseguido la destrucción de las armas, hemos de regresar. En eso consiste nuestro trabajo, no en luchar abiertamente con Águila Negra. Únicamente lucharemos cuando seamos atacados.

—Te comprendo —dijo McCormick.

—Elige tú los hombres. Los conoces mejor que yo. Quiero tipos resistentes y que estén conformes con su suerte sea cual sea la que el destino les haya deparado.

—Corriente, Mark. Es asunto mío.

—Cuando los hayas elegido diles que se preparen rápidamente para la marcha.

Saldremos inmediatamente. Sólo necesitamos carne ahumada y agua.

Luego Mark dio media vuelta y se dirigió hacia el campamento.

De pronto vio un jinete que cabalgaba entre una ola de polvo.

—¡Eh, Mark!… ¡Aquí me tienes!

Era Charly.

En un instante el viejo llegó al lado de Lawrence y saltó de la silla con agilidad.

—Nos vamos, Charly —le anunció Mark.

—Estupendo. Ya empezaba a cansarme de estar quieto.

—Tú no vienes.

—¿Quién lo ha dicho?

—Esto es asunto para jóvenes.

—¿De veras? ¿Y quién te crees tú que soy yo?

—Un abuelo.

—Sí, ¿eh? Pues mira esto.

Charly sacó una moneda del bolsillo del pantalón y la arrojó al aire. Desenfundó con la mano libre e hizo fuego. Luego echó a andar y cogió la moneda del suelo mostrándosela en alto a Mark. En el centro de la moneda había un agujero.

—Está bien —rezongó el joven—. Vendrás con nosotros.

Charly apretó los dientes mirando hacia el horizonte.

—Tengo ganas de saludar a Billy Boyd. He de decirle un par de cosas y apuesto a que no le van a gustar mucho.

Mark lo señaló con el dedo diciendo:

—Ten cuidado no te las vaya a decir él a ti.

Charly soltó una risotada y fue en pos del joven.

—Infiernos, muchachos —exclamó Fisk—. En mi vida me he visto en una situación más apurada. Os juro que me había confundido de habitación en el hotel. Estaba todo a oscuras y ella creyó que yo era su marido.

Harry Steen soltó una risotada.

—¿Y qué hiciste, Fisk?

Se encontraban en una hondonada. El sol se ocultaba en el horizonte. Hacía un día y medio que habían abandonado el campamento de la tercera sección y hasta entonces no se habían tropezado con nadie. Mark estaba algo alejado del grupo hablando con Charly.

—Mi primera intención fue salir del cuarto, pero luego lo pensé mejor y empecé a caminar a oscuras. De pronto toqué algo.

—A ella —dijo uno de los hombres.

—No, era una silla que estaba en medio, y me vine abajo… ¡Maldita sea! Me pegué en el ojo… Ella me dijo con voz muy suave: «Maridito, ¿qué te ha pasado?». Eso me hizo cobrar nuevas fuerzas, así que, me levanté y seguí hacia donde ella estaba, pero la mujer quiso portarse bien y se le ocurrió encender un fósforo para ayudarme a llegar a su lado…

¡Por todos los diablos!… ¡Era una vieja de setenta años!… ¡O es posible que tuviese noventa! Di media vuelta y eché a correr. Volví a tropezar con la silla y a todo esto la momia no dejaba de pegar chillidos. No sé cómo pude llegar al establo, ensillé mi caballo y alejarme de aquel maldito pueblo como si fuera perseguido por

cinco representantes de la ley.

Los hombres de la sección tres reían cogiéndose los riñones.

Harry Steen dijo con suficiencia:

—Eso me hace recordar lo que me pasó a mí en otro hotel de Kansas City —se pasó el dorso de la mano por la mejilla—. Claro que mi fulana no tenía noventa años. Ni siquiera había cumplido los treinta.

Todos sus compañeros echaron el cuerpo hacia delante, los ojos iluminados.

—Cuéntalo, Harry —dijo un pelirrojo de nariz pecosa de nombre Nevil Bates.

Harry se tomó algún descanso y luego, con los ojos entrecerrados, dijo:

—Era una mujer de esas que uno cree nada más existen en sueños. Su cabello era rubio, ojos grandes como lagos y su piel fina, transparente —se acariciaba la muñeca—. Suave como el raso.

Harry se tendió en el suelo con las manos cruzadas bajo la nuca y todos sus oyentes instintivamente se volcaron sobre él.

—No he visto nunca una mujer que tuviese su cintura, —prosiguió Steen—. Y luego estaba lo demás.

—Ocúpate de lo demás, Harry —lo animó Fisk.

Harry hizo un gesto afirmativo.

—¿Por dónde queréis que empiece?

—Da lo mismo. Por la frente y sigue bajando —dijo Nevil Bates.

—Muy bien, chicos… Su frente…

—¡Pasa la frente! —gritó Fisk.

—Sus ojos…

—Sí, eran dos lagos.

—¡Infiernos! —exclamó Harry—. ¿Es qué no me vais a dejar que os lo explique? Punto en boca o soy yo el que me callo.

Sus compañeros movieron la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo —dijo Harry—. Seguiré con la boca… Sus labios habían sido hechos para besar y su cuello era el de un cisne, sus hombros…

De pronto sonó un estampido y la bala silbó por encima del grupo.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó Mark desde lejos.

Los hombres se tiraron de cabeza al hoyo, incluido el propio

Harry.

El aire se pobló de chillidos. Una docena de jinetes indios aparecieron en lo alto de un promontorio.

Mark llegó gateando junto a sus compañeros.

—¡Listas las armas! ¡No disparar hasta que os avise!

Los hombres se echaron los rifles a la cara aplastándose contra el suelo.

Los indios dispararon sus armas sin interrupción, pero eran muy malos tiradores y las balas pasaban demasiado altas o iban a morder en la tierra unas yardas más atrás del hoyo donde se encontraban Mark y sus compañeros.

Fueron acercándose muy rápidamente.

Mark apretaba la culata del «Colt», los ojos fijos en los jinetes.

Nadie se movía en el grupo, pero sus músculos y nervios estaban tensos.

—¡Fuego! —gritó al fin Mark.

Los rifles trepidaron en las manos de los hombres de la sección tres.

Seis indígenas se desplomaron de las monturas levantando oleadas de polvo.

—¡Bravo, muchachos! —exclamó Mark—. ¡No podemos dejar a ninguno vivo!

Sonó otra descarga. Otros cuatro indios rodaron por la tierra roja.

Mark había despachado a dos de sus enemigos. Ahora apuntó a uno de los que llegaban y lo tumbó de la silla. Vio que el único superviviente del grupo de rebeldes volvía grupas y entonces rápidamente dejó caer el revólver en el suelo y quitó a McCormick el rifle que tenía en la mano. Apuntó e hizo fuego. El rebelde abrió los brazos en cruz y cayó dando muchas vueltas antes de detenerse.

Se hizo un silencio tan sólo interrumpido por los relinchos de los caballos que habían quedado sin jinete.

Mark echó a correr hacia el promontorio por dónde habían aparecido los indios.

Llegado arriba, pudo cerciorarse de que habían ultimado a toda la pandilla.

Regresó junto a sus compañeros, los cuales estaban festejando su victoria pasándose una botella de *whisky*.

Mark arrojó el rifle a McCormick el cual sonrió diciendo:

—¿Qué dices ahora de la sección tres?

El joven los miró a todos declarando:

—Esto fue únicamente el comienzo. Lo duro vendrá después, pero confieso que, como ensayo, no está del todo mal.

McCormick se rascó la pelambrera.

—¿Qué es lo que querías tú? ¿Qué nos hubiésemos librado de esos desharrapados con una bala?

Charly se acercó limpiándose la boca con la mano porque acababa de beber un trago.

—Oye, Mark. ¿Se puede saber adónde vamos?

—Ni yo mismo lo sé —Lawrence se pellizcó el lóbulo de la oreja —. Aunque esta pandilla debía tener algún rumbo —hizo otra pausa —. Sí, creo que valdrá la pena.

—¿Qué es lo que vale la pena? —preguntó McCormick.

—Estamos a unas ocho millas del Valle de los Gritos. Ése va a ser nuestro objetivo.

McCormick, repárteles una buena ración de carne ahumada y que beban toda el agua que quieran.

—¿Toda la que quieran? —repitió el capataz haciendo una mueca.

—En el valle hay un manantial.

—¿Y si no llegamos hasta él?

—Habremos de llegar —Mark fijó la atención en Spencer Lodge.

Le habían contado la historia de aquel chico. Se había alejado del grupo y estaba ensimismado con el rifle entre las manos.

Acercóse a él con paso lento.

—Mi enhorabuena, muchacho —le dijo—. Te portaste muy bien. Vi cómo tumbabas a uno de ellos.

—¿Cuántas balas dispararon esos indios, señor Lawrence?

—Veinte o treinta.

—Veinte o treinta y ninguna me acertó.

Mark comprendió el problema del muchacho. Había perdido la ilusión de vivir. Por ello había sido el primero en ofrecerse voluntario para aquella misión.

—Habrá otra oportunidad, Spencer —dijo.

—Ojalá sea pronto.

Mark se le quedó mirando un rato y finalmente se alejó de él

porque vio que no era el mejor momento para hablar al muchacho.

McCormick sacudió la cabeza cuando Lawrence se reunió con él.

—Ese chico atraviesa una grave crisis.

—Sí y lo peor es que nadie puede ayudarlo.

—¿Por qué no le sueltas un sermón? Quizá a ti te haría caso.

—No, McCormick. Ése no es el modo de convencer a un hombre que ha sido traicionado por una mujer.

Es asunto suyo y todo consiste en que se encuentre a sí mismo.

—Creo que debimos dejarlo en el campamento.

—No, McCormick Este negocio en el que estamos metidos va a ser una buena prueba para él. Estoy seguro de ello.

Cerca de ellos Fisk lanzó un grito:

—¡Eh, Harry! ¡No has terminado de contar la historia de la muchacha! ¿Lo recuerdas?

Te quedaste en el cuello.

Charly se volvió hacia Steen y dijo:

—Aprovecha la oportunidad y ahógala.

Los hombres prorrumpieron en una fuerte risotada.

—Se acabaron los cuentos, muchachos —dijo Mark—. Hemos de continuar el baile en otra parte.

—¿Lo oís, chicos? —dijo Fisk—. Se trata de un baile… A ver si tengo suerte y me toca una metidita en carnes.

Los hombres del tendido prorrumpieron en nuevas risotadas.

Quince minutos más tarde, el grupo reemprendía la marcha.

CAPÍTULO IX

—¡Eh, Mark! —gritó Harry Steen, que en aquel momento iba en vanguardia—. ¡Ya los tenemos ahí!

El grupo se detuvo a excepción de Mark que cabalgó para unirse a Harry, el cual se echó a la cara el rifle, apuntando a un indio que había aparecido a unas doscientas yardas, sobre una pequeña colina.

—¡Quieto, Harry!

Steen se contuvo y empezó a bajar el rifle.

Mark permaneció un rato observando la figura del jinete.

—Esperadme aquí.

—¿Es que vas a ir solo? —dijo McCormick.

—Que nadie se mueva —repitió el joven, y rozó con las rodillas su montura, la cual emprendió un trote rápido.

Ascendió por el promontorio hasta llegar a lo alto.

—Hola, Cactos —dijo, deteniéndose cerca del indio.

Cactos sonreía, mostrando su blanca dentadura.

—Me alegro mucho de que el Hombre Largo viva.

—Te lo debo a ti, Cactos. Si no me hubieses llevado al campamento, yo habría muerto en el camino.

—Sólo hice que pagar con la misma moneda al Hombre Largo. —Cactos observó al grupo de jinetes que estaban abajo—. Hay muchos hombres que quieren morir.

—Sí, Cactos. Todos ellos vienen conmigo y están dispuestos a morir, pero haremos todo lo que esté de nuestra parte para seguir viviendo.

—¿Buscas al capitán Roger?

—No. Ya sé que los guerreros de Águila Negra acabaron con él y con sus hombres. Sólo uno de ellos consiguió salvarse. —Mark hizo una pausa—. Tú sabes lo que yo quiero, Cactos: impedir que Águila Negra se aprovisione de armas.

Hubo un largo silencio y luego Cactos dijo:

—Ahora ya sé el nuevo lugar donde los traficantes entregarán su mercancía.

Mark sintió que el corazón le marchaba más aprisa.

—¿Dónde es?

—Os llevaré allí.

—¿Cómo lo supiste, Cactos?

—La noche pasada me arrastré hasta nuestro campamento y pude sorprender la conversación de Águila Negra con el hombre de un solo ojo.

—Billy Boyd —murmuró Mark, entre dientes.

—Sí, ése fue el nombre que le dio Águila Negra. Acordaron que se reunirían hoy a medianoche en el manantial que hay a seis millas de aquí.

Mark conocía aquel lugar. Muchas veces había llenado su cantimplora en el pozo.

—Está bien, Cactos. Ven con nosotros.

Descendieron de la colina y uniéronse al grupo. Los hombres miraron al indio con recelo. Mark les indicó entonces quién era Cactos, la clase de amistad que les unía y por qué el indio había huido de su pueblo.

Al cabo de un rato, los expedicionarios reanudaron la marcha.

Era ya medianoche.

Llevaban una hora parapetados tras las piedras, en silencio. Mark los había distribuido alrededor del manantial. La luna refugia allá abajo en el agua.

McCormick rezongó por lo bajo:

—¿Estás seguro de que ese indio es de absoluta confianza?

Mark meneó la cabeza.

—No me fiaría más si fuese mi propio hermano.

—Estaba pensando que a la mejor ha hecho las paces con Águila Negra.

—Tonterías; Cactos siente tantos deseos como yo de evitar una guerra que a nada conduciría.

De pronto se oyó ruido de una cabalgada y los dos hombres guardaron silencio. Unos jinetes aparecieron por el lado sur del manantial. Mark vio sus siluetas recortadas.

Observó sus sombreros de ala ancha. Inmediatamente oyó a

Charly.

—¡Maldita sea!… ¡El de la derecha es Billy Boyd!

—Cósete la boca, Charly —le ordenó el joven.

Uno de los jinetes que habían aparecido en lo alto hizo una señal con el brazo. Poco después, a lo lejos, se oyeron los chirridos producidos por los carros.

Mark había impartido las órdenes apenas llegaron, al manantial. Nadie debía disparar antes de tiempo. Todos debían permanecer quietos. Sólo harían fuego si era indispensable, en caso de ser descubiertos.

De pronto, Lawrence sintió que le tiraban de una manga. Al volver la cara vio a Cactos a su lado. El indio tenía el rostro lleno de sudor.

—El asunto va a estar más grave de lo que yo creía, Hombre Largo.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estuviste? —preguntó sucesivamente Mark.

—Fui al desfiladero porque era un buen sitio para vigilar. Hace un rato vi a Águila Negra con sus guerreros.

—¿Cuántos son?

Cactos miró a los hombres que estaban tendidos en el suelo y luego repuso:

—Demasiados, Hombre Largo. Vienen más de cincuenta.

Mark soltó una imprecación para sus adentros.

—¿Y los de los carros? —preguntó nuevamente.

—Doce.

El joven permaneció dubitativo. Podría dar la orden de ataque, pero Billy Boyd y sus muchachos manejaban los revólveres mejor que los obreros de la sección tres. Existían muy pocas probabilidades de que llegasen hasta los carros.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cactos, leyendo su pensamiento.

—No hay más remedio que esperar.

El indio hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Los jinetes desaparecieron por el promontorio, pero al poco rato se dejaron ver de nuevo por detrás de unas piedras, muy cerca del riachuelo.

Mark esperó confiado en que los carros llegarían detrás de los jinetes. Siguió oyendo el ruido de los ejes y de las ruedas, pero de

pronto se hizo un silencio.

—Es nuestra mala suerte —dijo McCormick—. Han acampado a la otra parte. No podemos atacarlos desde aquí.

Mark se volvió hacia Charly, que estaba a sus espaldas.

—Sí, es lo mejor. Quizá podamos conseguir algo si los sorprendemos.

—¿Preparaste las antorchas?

—Sí, aquí las tengo.

—Muy bien. Necesito que vengan cuatro hombres conmigo.

—Yo soy uno de ellos —dijo Charly.

Spencer Lodge levantó la cabeza.

—Cuente conmigo, señor Lawrence.

Mark observó unos instantes al muchacho y estuvo a punto de negarse, pero finalmente concedió, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

McCormick se tendió en el suelo y dijo:

—Yo iré también.

—No, usted se queda.

—¿Por qué?

—Creció y engordó demasiado. Necesito tipos de talla delgada y de poco peso.

Harry Steen soltó una risita.

—Están hablando de ti, Fisk.

—Estoy muy bien aquí —dijo el aludido.

—Vamos, hombre, anímate. A lo mejor te tropiezas con otra mujer en la oscuridad.

—Como tú quieras, Harry.

Los hombres empezaron a reír y Mark impuso silencio. Finalmente, señaló con la mano a un tipo cuyo nombre era Greg Symonds.

—Tú das la talla y el peso exacto, muchacho.

—Está bien —repuso Symonds, haciendo una mueca—. ¿Por qué se le ocurriría al hijo de mi madre venir al Oeste? —Miró a sus compañeros que se quedaban—. Todos los pillos tenéis suerte.

—¿Listos, muchachos? —inquirió Mark.

Los cuatro hombres que lo iban a acompañar hicieron gestos afirmativos.

—Escuchad bien —dijo el joven—. Iremos de uno en uno y

trataremos de llegar lo más cerca posible a los carros. Cada uno llevará una antorcha. Nuestro objetivo consistirá en hacer arder las galeras. Los muchachos que queden aquí nos cubrirán. Nuestra situación no es nada envidiable. Cactos me acaba de anunciar que Águila Negra se aproxima con medio centenar de sus guerreros y, por añadidura, esos tipos que tenemos ahí arriba son pistoleros profesionales, gentuza acostumbrada a manejar armas de fuego.

Hizo una pausa, observando los rostros que estaban pendientes de sus palabras.

—Eso es todo, chicos. Quiero deciros que me siento orgulloso de todos vosotros. Os deseo buena suerte.

Hizo una señal con la cabeza y empezó a alejarse, llevando tras de sí, uno a uno, a los hombres que se habían prestado para realizar aquel trabajo.

Dieron la vuelta por arriba del manantial y serpentearon por entre las grandes rocas.

Mark abría la marcha. De repente, se detuvo porque acababa de descubrir un jinete que estaba de guardia por aquel lado.

Los hombres de los carros ya habían encendido la fogata, pero estaban demasiado lejos.

Charly se llegó a su lado.

—¿Qué ocurre, Mark?

—Ahí hay un tipo que nos interrumpe el paso.

—Déjalo de mi cuenta. Utilizaré con él la treta del búho.

—Los indios están al llegar. Conocen el truco mejor que tú porque son sus inventores, y en cuanto oigan tu graznido, sabrán que se trata de una encerrona. Quédate aquí. Yo trataré de llegar hasta él por la espalda.

Mark se deslizó por el suelo y logró pasar al otro lado sin que el centinela lo advirtiese.

Luego se enderezó poco a poco y trepó por una piedra plana.

El caballo del forajido pateó nervioso en el suelo.

—¿Qué te pasa? —Oyó la voz del fulano—. Estate quieto de una vez.

Mark se había quedado inmóvil un instante, pero ahora continuó avanzando.

La roca se elevaba en el aire y el borde estaba por encima del guardián.

Mark avanzó hasta el límite y empezó a encoger los pies para apoyar las puntas en la piedra.

Echó una mirada a los carros. Un par de forajidos hablaban en voz alta.

Dejóse caer sobre el centinela, y justamente cuando entraba en colisión le golpeó con la culata del revólver en la nuca. El tipo se vino abajo de la silla sin emitir ni un gemido.

Mark le había precedido en el camino y al chocar contra el suelo sintió Una aguda punzada en su herida. Levantó los brazos y acogió en ellos al forajido. Dejólo en el suelo rápidamente y, poniéndose en pie, montó de un salto en la silla. Desde lejos podía pasar por el centinela que acababa de dejar fuera de combate.

Oyó a sus espaldas jadear a Charly.

—Infiernos, Mark… Sigues siendo el mismo tipo de sangre fría que conocí.

El joven hundió la barbilla en el pecho y volvió la cabeza para que su voz sólo pudiese ser oída por su amigo.

—Seguid avanzando hacia los carros. Yo no tengo más remedio que seguir aquí. Tú asumes toda la responsabilidad, Charly.

—Descuida, Mark. Me portaré como los buenos; pero una advertencia.

—¿El qué?

—Billy Boyd me pertenece.

Mark no dijo nada, y poco después sintió que los hombres iban pasando a sus espaldas.

El tiempo fue transcurriendo lentamente. De pronto se oyó a lo lejos un grito al que siguió otro. Mark sintió un escalofrío porque ello quería decir que Águila Negra acababa de llegar al manantial. Charly y los otros muchachos estaban todavía muy lejos de los carros.

Vio aparecer a Águila Negra junto a la hoguera. Detrás del jefe indio observó en enjambre de guerreros.

Billy Boyd se levantó y cuatro hombres se pusieron a su lado con las manos en los revólveres.

Se intercambiaron saludos y luego Águila Negra preguntó:

—¿Cuántos rifles traes esta vez?

—Mil —contestó Billy Boyd.

—No es ésa la cantidad que fijamos —opuso el rebelde.

—Ya lo sé, gran jefe —contestó Billy Boyd—, pero han sido todos los que hemos podido traer.

—Acordamos dos mil.

—A mi patrón le fue difícil hacerse con los que traemos. Me encargó te dijese que muy pronto te entregará el resto.

—Kirk Francis no ha cumplido su palabra —dijo Águila Negra.

Mark Lawrence tragó saliva al escuchar aquello. Pensó que había oído mal, que estaba tan obsesionado por el prometido de Cherryl que él mismo había puesto su nombre en boca del indio. Prestó atención. Billy Boyd dijo:

—No, gran jefe. Kirk Francis cumple siempre lo que promete. Ahora te manda mil rifles y dentro de diez días te mandará otros mil.

Mark ya no tuvo ninguna duda. Sintió que la sangre le hervía en las venas pensando en que Francis era simplemente un traidor, el peor de los canallas.

CAPÍTULO X

Águila Negra dejó oír su voz furiosa:

—Ya he esperado demasiado tiempo.

—No hace falta que esperes más, gran jefe —repuso Billy Boyd —. Tienes muchos rifles.

—Yo quería que cada uno de mis hombres tuviese uno.

—Kirk Francis dice que con los que ahora tienes te bastan para matar a los hombres blancos del ferrocarril.

Águila Negra cerró los ojos.

—Kirk Francis es un hombre muy astuto que nada más piensa en sí mismo.

—No te comprendo, jefe —dijo Billy Boyd.

—Francis nada más desea que yo ataque a los hombres del ferrocarril para que la compañía renuncie a hacer el tendido por el lugar que ahora pasa. Francis quiere venderles sus tierras. Y de ese modo, ganará mucho dinero. Por eso ha querido ayudarme, pero ni siquiera me entrega los rifles gratuitamente. Quiere oro por ellos y hasta me lo exigió adelantado.

Billy Boyd dejó correr unos segundos, antes de contestar:

—Es bueno que tú y Kirk Francis tengáis el mismo interés.

Águila Negra movió la cabeza en sentido negativo.

—Yo no me alío con ningún hombre blanco. Le dirás a Kirk Francis que me entregará los mil rifles que faltan.

—¿Quieres decir que no vas a atacar al ferrocarril hasta que los tengas?

Sobrevino un silencio y el rebelde contestó:

—Atacaré mañana mismo.

—Estupendo, gran jefe.

Mark lo había escuchado todo, sintiendo que una rabia sorda se había ido apoderando poco a poco de él.

De pronto, una voz gritó:

—¡Eh, Billy, cuidado!… ¡Hay unos cuantos hombres detrás de las piedras!

Mark soltó un juramento porque Charly y los demás acababan de ser sorprendidos.

En ese instante, una antorcha cruzó el aire y fue a caer justo encima de una galera, cuya lona empezó a arder rápidamente.

Sonó un disparo y uno de los tres hombres que estaban al lado de Billy Boyd lanzó un grito de muerte y se desplomó en tierra.

Mark desenfundó el revólver y clavó las espuelas en los flancos del caballo, lanzándolo hacia delante.

Nuevas antorchas iluminaron la noche en su camino hacia los carros en que se transportaban las armas y municiones.

En pocos segundos, aquel lugar de la tierra se convirtió en un infierno.

Los traficantes y los guerreros de Águila Negra empezaron a hacer uso de las armas.

Mark pasó como una exhalación por encima de una hoguera, descargando su revólver sobre los enemigos que encontraba a su paso. Hubiese querido eliminar en aquella embestida a Billy Boyd y Águila Negra, pero ambos eran demasiado listos para ser sorprendidos y habían buscado refugio con mucha prisa.

A él también le tocó el turno de saltar de la silla porque las balas empezaron a silbar a su alrededor. Dio dos vueltas sobre la tierra antes de detenerse tras una gruesa piedra.

McCormick y los demás muchachos que habían quedado arriba entraron en acción, enviando una andanada de plomo sobre aquella parte del manantial.

Algunos guerreros indios habían sido cogidos tan de sorpresa que iban de un lado a otro sobre los caballos espantados, siendo fáciles presas de las postas, ávidas de carne.

Mark oyó la voz de Charly.

—¿Dónde estás, Billy Boyd?

El pistolero contestó rápidamente.

—¡Maldito seas, Charly! ¿Cómo has venido a parar aquí?

—Quise darte las gracias por la estupenda inversión que hiciste de los mil trescientos dólares que me timaste.

Mark miró hacia las galeras y vio a las tres ardiendo.

—¡Eh, Billy! —gritó uno de los traficantes—. ¡Va a hacer

explosión la pólvora!

Billy Boyd soltó una retahíla de imprecaciones.

—¡Eh, chicos! ¡Hay que largarse! —gritó.

Los hombres salieron de su escondite, porque el pánico había hecho presa en ellos.

De pronto arreció el fuego y dos pistoleros se derrumbaron, heridos de muerte.

Ahora Mark supo que eran los indios quienes disparaban contra los propios hombres que les habían llevado los rifles.

Observó a Águila Negra que estaba situado entre dos rocas y rápidamente se deslizó por el suelo y trazó un círculo para sorprenderlo por la espalda.

Se asomó poco a poco y vio que el jefe indio estaba rodeado por cuatro de sus guerreros.

De pronto oyó un ruido y al volverse vio que un indígena se disponía a disparar sobre él a bocajarro. El, Mark, apretó el gatillo mucho antes. La bala se estrelló contra la cara del indio quién se desplomó hacia atrás.

Mark se revolvió a tiempo de ver que Águila Negra y los hombres que lo flanqueaban también habían girado al oír el estampido.

Vio que ellos tenían ventaja sobre él, porque podía matar a dos o a tres, pero finalmente también terminaría por sucumbir en aquella lucha desigual. Pero no tenía opción, Águila Negra saltó por detrás de dos de sus guerreros para que éstos le sirviesen de escudo. Mark hizo fuego rabiosamente y se dispuso a morir.

De pronto, alguien cayó sobre el grupo, justamente cuando dos indios hacían fuego contra Lawrence.

Tres cuerpos rodaron por el suelo y Mark vio asombrado que el hombre que le había salvado la vida de momento era Spencer Lodge.

Sin dudarlo un instante, se arrojó sobre Águila Negra, el cual trató de recibirlo con una bala disparada con su rifle, pero Mark lo atrapó por la muñeca y tiró de él llevándoselo consigo.

Rodaron por tierra, y Mark, raudo como una centella, desenvainó su cuchillo de monte y lo hundió en el pecho del rebelde, el cual lanzó un estertor.

Spencer estaba pasando un apuro porque se enfrentaba con dos

indios a un mismo tiempo, y uno de ellos se disponía a descargarle un culatazo en la cabeza.

Se lanzó encima del agresor y logró parar el golpe.

El rifle cayó en el suelo y Mark lo atrapó por el cañón. Púsose de rodillas, y cuando su enemigo se disponía a utilizar el cuchillo, le hendió el cráneo con la culata.

Cuando giró de nuevo vio que Spencer acababa de dar fin del indio con quien se había enfrentado.

—Gracias, Spencer.

—Usted me salvó a mí.

—Digamos que los dos hemos nacido. Es bonita la vida, ¿no te parece, Spencer?

Spencer lo miró a la cara y se puso a sonreír.

—Sí, creo que sí.

Mark le palmeó en la espalda.

—¿Qué estamos haciendo aquí como unos tontos? Esos carros van a volar de un momento a otro.

El campo había quedado despejado de enemigos y tampoco veían a ninguno de sus compañeros. Echaron a correr imprimiendo a sus piernas la mayor velocidad.

De pronto, brotó una gran llamarada a sus espaldas.

—¡Al suelo, Spencer!

Iban lanzados y arrojáronse de cabeza por detrás de las rocas. Apenas midieron el suelo con sus huesos, sobrevino una terrible explosión.

Cubriéronse la cabeza con las manos porque del cielo empezaron a caer piedras y trozos de madera.

Finalmente, se hizo un silencio.

De la parte de arriba llegó la voz de McCormick.

—¡Eh, Mark! ¿Estás ahí?

—Aquí me tienes —contestó el joven—. ¿Y Charly?

—No lo he visto.

—Vete con McCormick, Spencer —dijo Lawrence al muchacho —. Ya hiciste bastante.

Sin esperar una respuesta, Mark se levantó, y desenfundando el único revólver que le quedaba, echó a correr entre las piedras en la dirección que suponía había huido Billy Boyd.

De pronto, oyó un disparo a lo lejos y luego escuchó una

carcajada. Era Billy Boyd.

—¿No has venido a buscarme, Charly? —le oyó preguntar—. Anda, sal que quiero devolverte tu dinero.

Mark echó a correr otra vez. Pero, de pronto, sonó un estampido y una bala rebotó en una roca cercana.

Le habían hecho fuego desde detrás de un matorral, y justamente ahora el tipo se asomó para despeinarle otro balazo.

Mark le tomó delantera y el proyectil que salió de su revólver se hundió en el pecho del traficante, el cual dio un traspié, y después de soltar una maldición se abatió de bruces en el suelo.

Reanudó su carrera escuchando ahora la voz de Charly.

—¡Sal fuera, Billy Boyd! Este asunto lo debemos arreglar como dos hombres.

—Claro que sí, Charly —respondió Billy—. Tú sabes que siempre te he apreciado, viejo.

Mark se detuvo con la respiración jadeante. Cada vez le dolía más el pecho. Su herida había aguantado bien hasta entonces, pero había hecho demasiado esfuerzo y eso lo estaba pagando ahora. Localizó a Billy Boyd detrás de un bloque de granito.

Charly debía estar al otro lado.

Los dos hombres que habían luchado juntos en México seguían hablando:

—Aquí tengo tus mil trescientos dólares, Charly —decía Billy—. Pero tendrás que salir para que yo te los entregue, Charly.

—¡Eres un canalla!

—¿Cómo puedes pensar eso, Charly?

—Me elegiste como primo, Billy.

—Invertí tu dinero en el contrabando de armas y ahora te voy a devolver lo que te pertenece, más los beneficios que te han producido. Soy un buen amigo tuyo, Charly.

Hubo unos segundos de silencio, y luego Charly dijo:

—Tira el dinero a la arena, Billy.

—Muy bien, Charly.

Transcurrió otro minuto y luego un fajo de billetes saltó por encima de las rocas y cayó en el polvo.

—Corriente, Billy —dijo Charly—. Ahora, lárgate.

—Como tú quieras, abuelo. Ya me voy.

Mark vio aparecer por un lado de la roca a Billy Boyd, pero no

se marchó, sino que quedóse con el revólver en la mano.

Charly apareció por la derecha, permaneció unos segundos a la expectativa y, finalmente, echó a andar hacia el lugar donde había quedado el fajo.

Billy Boyd se trasladó silenciosamente de lugar para disparar sobre Charly.

Mark no le quitaba ojo de encima apretando fuertemente la mano sobre la culata.

Charly se detuvo teniendo a sus pies el dinero, miró a un lado y a otro, y luego empezó a agacharse.

Billy Boyd levantó poco a poco el revólver, al tiempo que acercaba el cañón al borde de la piedra.

Mark gritó:

—¡No hagas eso, Billy!

El forajido, lejos de obedecer, se revolvió listo para disparar.

Mark hizo fuego y el revólver voló de la diestra de Billy, quien movió la zurda para desenfundar el arma de ese lado.

—¡Toca ese «Colt» y te vuelo la tapa de los sesos, Billy! —le amenazó Mark.

El pistolero se dio por vencido.

Charles se había levantado con su fajo de billetes en la mano y estaba con la boca abierta contemplando la escena.

—¡Testas coronadas! ¡Me la iba a jugar otra vez! ¡Te voy a meter una bala en las tripas, Billy!

—No lo hagas, Charly —opuso Lawrence—. Sería un asesinato.

El viejo buscador de oro apretó los dientes rabioso.

—Sí, Mark, tienes razón. Pero ¿qué otra cosa se merece este bastardo?

—Hazte cargo de él —dijo Mark, apoyándose en la roca que tenía a sus espaldas.

—Es algo que voy a hacer con mucho gusto.

Acercóse a Billy, y de pronto éste le envió un viaje con el puño derecho. Pero ahora Charly estaba prevenido y burlando el golpe, atizó al pistolero con el cañón en los nudillos.

Billy lanzó un grito de dolor y Charly lo despojó del otro «Colt».

Por detrás de Lawrence aparecieron McCormick, Spencer Lodge, Harry Steen y Fisk.

—¿Cómo estás, Mark? —preguntó McCormick.

—Un poco cansado. ¿Y los demás?

El capataz hizo una mueca de amargura.

—Únicamente hemos quedado los que estamos aquí. Los otros seis han muerto.

—Lo siento.

—Me ocuparé de que la compañía indemnice a sus familias.

—Ése será un buen detalle.

—¿Qué hacemos aquí? Hemos de marcharnos. Esos indios volverán de un momento a otro y apuesto a que ahora no quedamos uno para contarlo.

De pronto se oyó una cabalgada y todos los hombres, a excepción de Billy Boyd prepararon los revólveres.

Aparecieron tres indios por la izquierda.

—No disparar, chicos —dijo rápidamente Mark—. Es Cactos.

Los indígenas avanzaron hacia el grupo, deteniendo muy cerca sus monturas.

Cactos hizo un saludo con la mano.

—Otra vez salvaste la vida, Hombre Largo, y yo me alegro mucho.

—Yo también celebro que tú continúes vivo, Cactos.

—Ya no habrá más lucha. Águila Negra no existe, y he conseguido hacerme oír de mis hermanos de tribu. Se respetarán los compromisos que adquirió Nube Roja. Puedes decir que los hombres blancos continuarán haciendo su tendido de ferrocarril. Nadie interrumpirá su camino hacia el Oeste.

—Tus noticias son buenas, Cactos, y ya puedes estar seguro de que los hombres blancos te quedarán muy agradecidos a ti y a tus hermanos.

Sobrevino una pausa, y luego el indio dijo:

—Adiós, Hombre Largo. Me vuelvo con mi pueblo. Tú siempre serás bien recibido entre nosotros porque eres justo y crees, como yo, que la paz es siempre mejor que la guerra.

Seguidamente Cactos espoleó su cabalgadura, y flanqueado por sus dos compañeros, inició su camino, desapareciendo poco después tras las piedras.

Fisk soltó un grito:

—¡Que me maten, muchachos! Regresemos pronto al campamento. Iré derecho a lo de papá Joe y ya podéis estar seguros

de que me voy a gastar un par de dólares de mis ahorros en invitar a todos.

Harry Steen lo miró, haciendo una mueca de tristeza, y pegándole un golpe en el pecho, lo sentó en el suelo, diciendo:

—¿Oísteis, chicos? ¡Qué tipo más generoso!

Todos los hombres rompieron a reír.

Kirk Francis se encontraba en el despacho de Robert O'Neill. Ambos estaban sentados y Francis había extendido un mapa sobre la mesa.

—Me hago cargo de las dificultades con que a partir de ahora se va a enfrentar la compañía para continuar este tendido —decía en aquel momento—. Cómo puede usted ver en ese mapa, señor O'Neill, nuestro tendido se interna demasiado en el territorio indio. Es por lo que Águila Negra se ha levantado.

—Su rebelión es totalmente injustificada —opuso O'Neill—. Firmamos unos acuerdos con Nube Roja. Nosotros compramos ese terreno y lo pagamos a buen precio. El Estado sancionó ese contrato.

—Todo eso está muy bien y teóricamente el negocio no tenía ningún fallo, pero la muerte de Nube Roja ha trastocado todos los planes. Yo creo que la compañía haría bien en ceñirse a la realidad cuanto antes.

El joven adelantó el rostro para marcar un punto en el mapa con el dedo índice.

—Suponga que el tendido sigue por ahí.

—Habría que trazar una curva de casi cincuenta millas. El criterio de la compañía fue seguir una línea recta.

—Siempre me pareció correcto, señor O'Neill, pero dadas las circunstancias, ¿no sería mejor eso que una guerra con Águila Negra? Piense un momento, señor O'Neill. Los indios no tardarán a lanzarse sobre el tendido. Puede ser esta noche o mañana. ¿Qué ocurrirá entonces?

O'Neill dio un suspiro.

—Será una verdadera catástrofe para nuestra Sociedad.

—Exactamente, señor O'Neill. No sólo se perderán muchas vidas humanas, sino que vías y traviesas serán levantadas, y los pabellones arderán con todo lo que tengan dentro.

Usted sabe en qué situación hemos que dado después de la

matanza de la compañía del capitán Morris. El ejército no nos podrá echar una mano hasta dentro de un par de semanas. ¿Y qué habrá ocurrido para entonces?

O'Neill hundió la barbilla en el pecho, apesadumbrado.

—Éste es el final de mi carrera. Estoy acabado como ingeniero.

—No diga usted eso, O'Neill. Tiene a su alcance una gran jugada. Aconseje a la compañía que compre mis terrenos.

El padre de Cherryl levantó la mirada.

—¿Crees que eso arreglaría las cosas?

—No debe tener la menor duda.

—Eso no detendría a Águila Negra.

—Estoy seguro de que sí. Yo mismo estoy dispuesto a hablar con el jefe indio. Le diré que la compañía del ferrocarril abandonará su primitivo plan de pasar por su territorio.

Águila Negra dará la conformidad. —Francis sonrió—. ¿Se da cuenta, O'Neill? Nuestro trabajo se limitará a levantar unas cuantas millas de tendido y transportarlo al nuevo terreno que ha de servirle como base. No habrá guerra. Nadie morirá y la compañía tendrá su ferrocarril.

Hubo un largo momento de silencio.

—No creo que la compañía apruebe una cosa así.

—Sé que lo aprobará si usted da la conformidad, señor O'Neill. Han depositado su confianza en usted. Su solvencia está reconocida por todos. Ha intervenido en la construcción de los ferrocarriles más importantes que se han tendido en nuestro país desde hace veinte años. Haga usted la sugerencia y el Consejo de Administración aprobará el proyecto como si se tratase de una orden.

O'Neill estaba muy cansado, pasóse la mano por la cara, apretándose el puente de la nariz.

—¿A cómo venderías, Francis?

—Cincuenta mil dólares.

—¿Cómo? —se asombró O'Neill.

—Es un precio irrisorio teniendo en cuenta lo que ustedes se evitan. Sumen las muertes, las indemnizaciones a las familias de los obreros, la destrucción del material.

Comprándome a mí se evitan un gasto de otros cincuenta mil dólares.

—Es posible que tengas razón.

Francis sonrió.

—Es un dinero que nos vendrá muy bien a Cherryl y a mí.

De pronto, llegó una voz desde la puerta.

—Usted no va a tener nunca ese dinero, Francis.

Kirk se levantó de la silla como picado por un escorpión.

O'Neill frunció el ceño observando a su nuevo visitante. Era Mark Lawrence, el cual, una vez dentro de la habitación, cerró a sus espaldas.

En los ojos de Francis brilló intensamente el odio.

—Parece que no pierde su costumbre de espiar, ¿eh, Lawrence?

—Me dijeron que estaba usted aquí e imaginé a lo que había venido. No pude por menos de escuchar su formidable alegato para convencer al señor O'Neill.

Francis recobró la serenidad e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Lo que le propongo al señor O'Neill es lo más sensato.

—¿Para quién, Francis? —inquirió Mark.

—Naturalmente, para la campaña, para los propios obreros y sus familias.

—No, Francis. Ese negocio no le conviene a la compañía del ferrocarril y a usted no le ha guiado el interés de la misma, sino el suyo propio.

Kirk se echó a reír.

—¿Ha oído eso, señor O'Neill? Nuestro fracasado caza indios pretende saber más que nosotros acerca de lo que es un tendido.

—Ignoro muchas cosas que se refieren a la parte técnica, pero, en cambio, conozco otras que son las que impulsan a los hombres al delito sin detenerse en nada.

Francis tornó a quedar serio.

—¿De qué está hablando, Lawrence?

—Usted provocó el levantamiento de Águila Negra con objeto de que la compañía abandonase los actuales terrenos por los que pasa el tendido. Usted sólo quería venderles sus propiedades improductivas.

—Es la mayor majadería que he oído en mi vida.

—Contrató a una pandilla de forajidos y compró las armas que Águila Negra necesitaba.

Naturalmente, pensaba hacer un doble negocio. Ganar un beneficio con el tráfico de los rifles y luego sacar cincuenta mil

dólares al ferrocarril.

Francis estaba ya lívido de ira.

—¡Maldito sea, Lawrence! ¡No le consiento que me calumnie!

—Usted no conoce las últimas noticias, Francis. Yo sé las voy a comunicar. Unos cuantos valientes de la sección tres, un indio amante de la paz y yo, fuimos al encuentro de su banda de forajidos. Los acosamos justo en el lugar donde se habían citado con Águila Negra. El jefe rebelde resultó muerto en la pelea y las armas, y municiones saltaron por los aires.

O'Neill se levantó de la silla con el rostro iluminado.

—¿Es cierto eso, Mark?

—Sí, señor O'Neill. Ya no habrá guerra. Ustedes pueden continuar su tendido siguiendo el camino que se había trazado desde un principio.

—¡Es falso! ¡No lo puede creer!

—Hubo un superviviente, Francis —dijo el joven—. Billy Boyd.

—¡No conozco a ningún Billy Boyd!

—Es inútil que lo niegue, Francis. Billy Boyd ha confesado todo desde el principio al fin.

Ahora sabemos la verdad.

Los puños de Kirk se cerraron hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Mark meneó la cabeza, diciendo:

—Usted debe entregarse ahora, Francis. El señor O'Neill avisará al comisario del ferrocarril y él se lo llevará detenido. Tendrá que responder a los cargos que se le imputan.

En la estancia se hizo un profundo silencio. Kirk sonrió de pronto.

—Es usted muy listo, Lawrence. Al parecer, ha logrado su objetivo: quitarme de en medio para quedarse con Cherryl.

—Será mejor que venga conmigo, Francis.

—¿Adónde?

—Quedará encerrado en una de las habitaciones del pabellón hasta que llegue el comisario.

Francis se frotó una mano contra otra.

—Muy bien. Iré con usted.

—Tengo que decirle que no debe intentar nada.

—No tengo armas, Lawrence. No tiene que preocuparse por eso.

Mark sacudió la cabeza y volvióse para abrir la puerta.

De repente, oyó la voz de Robert O'Neill.

—¡Cuidado, Mark!

Se arrojó al suelo mientras se revolvía desenfundando el revólver.

Vio frente a él a Francis, el cual había sacado del bolsillo de la chaqueta una pistola de cañón corto con la que se disponía a hacer fuego.

Era su vida o la de Kirk, y Mark apretó antes el gatillo. La bala chocó contra el pecho de Francis y lanzólo violentamente contra la pared.

El estampido sonó como un cañonazo.

Francis dejó caer la pistola en el suelo, y apoyado en la pared, se miró el agujero que tenía en el pecho. Quiso decir algo, pero le faltaron las fuerzas, y finalmente, se abatió en el suelo de bruces, donde quedó inmóvil.

Cherryl O'Neill hablaba a «Minuto»:

—¿Tú crees que está bien eso? Has peleado otra vez con «Dick». ¿Y cuál ha sido el resultado? Que ahora tienes dos dentelladas en lugar de una.

La joven y el perro se encontraban en la parte trasera del pabellón que los O'Neill utilizaban como vivienda.

Una voz dijo:

—Esta vez ganó «Minuto».

Ella se volvió y observó a Mark Lawrence junto a la esquina de la casa. Mark echó a andar hacia ella, diciendo:

—«Dick» ha quedado mucho peor que él y hace un momento vi a «Diana» y a «Minuto» juntos. Suéltalo y se irá enseguida con ella.

Cherryl obedeció y «Minuto» echó a correr.

Mark se detuvo muy cerca de Cherryl.

—¿Has aceptado la propuesta de mi padre, Mark?

—No.

—¿Por qué?

—Ellos no necesitan ningún explorador. Tu padre, en nombre de la compañía, ha querido recompensarme por los servicios que les he prestado, pero ya tuve bastante con los quinientos dólares.

La joven bajó la mirada al suelo, y en aquella posición inquirió:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me han ofrecido un rancho en Yucca por cuatro mil dólares. El

vendedor es un buen amigo y me concede tres años para pagarle la totalidad del precio. Ahora sólo debo entregarle cuatrocientos dólares a cuenta. Conozco la propiedad y se puede sacar un buen partido de ella. Mi amigo, la abandona solamente porque se encuentra enfermo y quiere ir a pasar sus últimos años con una hija que tiene casada en el Este.

—Enhorabuena.

—Gracias… Bueno, lo cierto es que el rancho tiene todo lo que se necesita, pero yo encuentro a faltar una cosa.

—¿El qué, Mark?

—Una mujer.

Hubo un silencio y los dos jóvenes se miraron.

—¿Quieres ocupar tú la vacante, Cherryl? —preguntó Lawrence.

La muchacha se mordió el labio inferior, empezó a mover la cabeza de un lado para otro, y de pronto, dijo:

—¡Oh, Mark! Pensé que me lo podrías decir de cien formas diferentes, pero ésta no es ninguna de ellas.

Pegó un salto y se colgó del cuello varonil, y de esa forma, sus bocas quedaron unidas en un prolongado beso.

FIN